

LOU CARRIGAN

MUÑECA DE CERA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

MUÑECA DE CERA

Colección LA HUELLA n.° 50
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 32888-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: octubre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

INVITACIÓN

La secretaria sonrió. Le encantaba aquel muchacho rubio, de modales suaves y mirada tímida e inteligente.

—Por supuesto que puede entrar. El señor Perring le está esperando.

Archie Decelis, del Departamento del Tesoro, también sonrió, siempre con timidez, cuando la secretaria se levantó y fue, moviendo sensacionalmente las caderas, hacia la puerta que comunicaba su despacho con el de Ronald Perring.

—Es el contador federal, señor Perring —anunció—. Que pase —oyó Decelis.

La muchacha se apartó, y el
«T-man»
entró en el despacho del millonario Perring. Cuando la puerta se cerró tras él, Decelis pareció a punto de abandonar inmediatamente el despacho, un poco abochornado al ver que Ronald Perring no estaba solo.

—Pase, señor Decelis, por favor —animó Perring.

—Oh, bien… Pero si está ocupado…

—Es mi hija —sonrió Perring; y miró a la muchacha—. Charlotte: te presento al señor Decelis, contador federal y cosas de ésas… Seguramente ha venido a decirme que han encontrado trampas en nuestras declaraciones para impuestos… ¿Sí, señor Decelis?

Archie se sonrojó ligeramente.

—No… No, señor… Todo está bien. Muy bien.

—Lo celebro. Al señor Kurpita ya lo conoce, por supuesto: mi hombre de confianza, que le ha estado sirviendo a usted de guía en sus investigaciones respecto a mis ingresos…

Archibald Decelis no estaba oyendo a Perring. Su mirada había quedado fija en la hija de éste, la muchacha pelirroja de enormes ojos brillantes y boca llenita y húmeda, de cuerpo escultural y sonrisa de ángel. Llevaba unos «*shorts*» blancos, blusita azul muy escotada y sin mangas, y unos zapatos de tacón alto con suela de corcho y sujetos a los lindos pies sólo por una tira. Estaba sentada en un ángulo de la imponente mesa de Perring y, ciertamente, no había en ésta adorno mejor.

—¿Eh…? Oh, sí, el señor Kurpita… Oh, sí, le conozco, claro…

Eugen Kurpita sonrió, conteniendo la burla, mientras miraba de reojo a Charlotte Perring, que también parecía burlarse un poco del «T-man».

El más sincero fue Perring, que rió quedamente al ver el efecto que su hija había causado en el contador federal.

—Bien, señor Decelis: me satisface que todo esté en orden en esta Compañía… ¿Y su compañero?

—Se fue ya, con el informe. Yo he… Me ha parecido que debía despedirme de usted y agradecerle su amabilidad.

—Muy correcto de su parte —agradeció Perring—. ¡Bueno! Deduzco que estoy en paz con todo el Departamento Federal en peso, ¿no?

—Desde luego…

—Entonces, lo celebraremos: ¿aceptaría una invitación, señor Decelis?

Archie se mordió los labios.

—Me temo que no —dijo, un tanto secamente.

—¡Oh, vamos…! No se trata de ningún soborno, señor Decelis. ¿Por qué motivo habría de sobornarlo, si todo está bien en mis declaraciones y estados de cuentas? Se trata solamente de invitarlo a una pequeña fiesta, en mi casa. ¿Es eso malo?

—Pues, no… No, señor.

—¿Se da cuenta? Estaremos todos encantados de verlo esta noche en plan particular, muchacho.

—Pues…

—¿Qué le pasa? —sonrió Charlotte Perring—. ¿No le gustan los «party»?

—¡Oh, sí!

—Bueno, pues le esperamos esta noche. Naturalmente, puede

usted llevar a su esposa.

—No…, no tengo esposa.

—Ah… Pues a su novia entonces.

—Ejem… Tampoco…, tampoco tengo novia.

—¡Eso sí que es una contrariedad! —rió Eugen Kurpita.

—No haga caso a Eugen —sonrió Perring—; usted venga a la fiesta. Apuesto cien contra uno a que le encontramos pareja. ¿Qué dices tú, Charlotte?

La muchacha dio un delicioso saltito de la mesa al suelo, se acercó muy despacio al
«T-man».
Se detuvo ante él, miró los hombros discretamente anchos, los ojos grises, el firme mentón…

—¿Quiere abrazarme, señor Decelis?

—Con mucho gust… ¿Qué?

Eugen Kurpita empezó a pasarlo en grande al ver el sonrojo del federal.

—Que me abrace.

—Ah, sí… Esto… ¿Que la abrace?

—¿Admiten sordos en el Departamento Federal?

—No, no… ¡Oh, no!

Kurpita tuvo que sentarse; decididamente, era de la opinión de que se ríe mejor sentado que de pie.

—Bueno: ¿qué está esperando?

—Hágalo, señor Decelis —sonrió de nuevo Perring—. No se preocupe por Eugen o por mí.

—Pero es que…

Charlotte Perring dio una patadita en el suelo. Cogió con sus manos las del federal y las puso en su cintura. Se acercó a él y comprobó que su boca quedaba a la altura escasa de la barbilla de Archie.

—¿Sabe bailar, además de tener mi tipo ideal?

—Eee… Sí. Sí, señorita Perring.

—¿Suele hablar de la situación política internacional mientras baila?

—¡Oh, no!

—¡Bien! —rió la muchacha—. ¡Para esta noche, quedo adjudicada al señor Decelis! ¿O prefiere una pareja mejor, señor

Decelis?

—¿Mejor? ¡Eso es imposib…!

—¡Aceptada, entonces! —volvió a reír Charlotte—. Tendrás que llamarme Charlotte y soportar mis extravagancias. ¿De acuerdo?

—Sí, sí…

—Y yo te llamaré… ¿Cómo te llamas, que no recuerdo…?

—Archibald…

—¡Archibald! ¡Qué horror! Bueno, te llamaré Archie. ¿Está bien así?

—Sí, claro, señorita Perring.

—A-ah… Nada de «señorita Perring», Archie; soy Charlotte.

—Eee… Sí, eso: Charlotte.

—Pues ya tienes pareja, Archie. Y… Bueno, será mejor que me sueltes ya, para que pueda ir a prepararme para esta noche.

Archie volvió a sonrojarse. Soltó la deliciosa cintura de la muchacha y quedó indeciso, sin saber adónde mirar. Kurpita lo estaba pasando mejor que con un «moci-cartoon» de Tom y Jerry.

—A las diez, en mi quinta, señor Decelis —dijo Perring—. Basta con un «*smoking*» cualquiera.

—Sí… Está bien. Hasta…, hasta la noche, entonces.

Fue hacia la puerta, la abrió y se volvió. Charlotte, que lo estaba mirando muy sonriente, le tiró un beso con la punta de sus deditos.

—Hasta luego, Archie.

—Ha-hasta luego…, Charlotte.

Y se marchó. Vaya; no podía negarse que Charlotte Perring era una delicada, deliciosa y bellísima muñequita…

Capítulo primero

Había estado tentado de disculparse y no acudir al «party». Pero cada vez que descolgaba el auricular, vacilaba y volvía a dejarlo en el soporte.

Por supuesto, en su vida particular, y bien demostrado que no intervenía para nada el soborno, Archibald Decelis podía hacer lo que le viniese en gana, siempre y cuando estuviese dentro de la Ley. En aquel caso concreto, el soborno no podía existir, no tenía base para que existiese. En cuanto al «party» en la quinta de los Perring, era seguro que las malas costumbres o los atentados contra la Ley no se darían en abundancia. La gente de dinero sabe hacer las cosas malas con mucha discreción.

Pero lo que varias veces había obligado a Archie a colocar de nuevo el auricular en su sitio no eran todas estas consideraciones de índole moral o de honradez profesional…

Lo que, finalmente, lo había empujado hacia su coche y luego hacia Miami Beach era una muñequita de cabellos rojos llamada Charlotte.

¿Qué de malo podía tener que él soportase las… extravagancias de la muchacha? Con un poco de suerte, una de tales extravagancias podía ser la de besar a su pareja. Y Archibald Decelis no estaba dispuesto a perderse eso. Le gustaba Charlotte, y aunque ella fuese millonaria, a fin de cuentas él no era precisamente un muerto de hambre, hasta el punto de que muy bien podía prescindir por completo de su sueldo como agente federal.

¿Acaso un agente federal no puede enamorarse, por ejemplo, o simplemente pasarlo bien?

Demonios, claro que no.

Así que, a las diez en punto, puntual como un contador federal,

Archibald Decelis llegaba con su coche a la quinta de los Perring.

Casi nada.

Estaba en el 720 de Biarritz Drive, en la Isle of Normandy, Miami Beach. Era grande, moderna, lujosa… Había unas enormes verjas de hierro, a la entrada, completamente abiertas. Al fondo, por entre arbustos de flores y pinos y palmeras, se veía la quinta, elegantemente iluminada; poca luz, pero bien distribuida, y en algunos puntos, de colores. Se llegaba a la casa por un sendero de grava bordeado de palmeras, eucaliptos y mimosas. Antes de llegar allá, Archie oyó risas y chapoteos. Y poco después veía la piscina y los jóvenes y alegres bañistas nocturnos. Las luces de la piscina eran rojas, azules y verdes; en opinión personal de Archie, aquella mezcla daba al agua una tonalidad un tanto tenebrosa, pero cada cual se divierte como quiere. Junto a la piscina había parasoles, tumbonas y balancines colgantes. Un par de camareros iban de un lado a otro, portando bandejas repletas de vasos y botellas.

En seguida se llegaba al «*parking*» particular. Había allá como docena y media de coches, imponentes la mayoría. Archie, que conducía su relativamente modesto «Falcon» rojo de cambios automáticos, se sorprendió agradablemente al ver allá otro coche igual. Bueno, eso demostraba que nadie se reiría de su coche, aunque lo metiese entre los «Cadillac», «Lincoln» y cacharros así.

No había nadie en el «*parking*». Quedaba un poco apartado, muy cerca de la zona espesa del jardín, que más bien parecía una jungla. Sin duda, la quinta de los Perring no carecía precisamente de terreno…

Detuvo el coche y se miró en el retrovisor. Bueno: la corbata de «pajarita» estaba impecable; el «*smoking*» le caía fantástico; se había afeitado otra vez antes de ir allá, y olía a masaje caro y elegante.

—Vamos allá.

Debía haber algo más de veinte personas divirtiéndose, cada una a su manera: nadando, bebiendo, charlando…

El primero en verlo fue Ronald Perring, que acudió rápidamente a su lado, sonriendo, con la mano tendida.

—Bien venido —saludó—. ¿Dispuesto a divertirse un rato? Eso de los números debe ser muy pesado, ¿no es cierto?

—Oh, no… A mí me gustan, señor Perring.

—¿De veras? Bueno, hay gustos para todos… ¿No ha visto a su

pareja por aquí?

—Emmm… No… No, señor. Todavía no.

—Aparecerá en cualquier momento. En confianza, muchacho: ¿no le parece que Charlotte es una chica encantadora?

—¡Sí, señor!

—Usted es simpático… —rió Perring—. Un poco tímido para vérselas con Charlotte, pero simpático. Sólo quiero que tenga en cuenta que ella es lo que más quiero en este cochino mundo… ¿Okay?

Archie parpadeó bajo la directa y súbitamente seria mirada de Ronald Perring.

—Lo comprendo, señor Perring.

—Muy bien… ¡Vaya a buscarla, hombre! Seguro que está divirtiéndose por ahí… Ya nos veremos.

—Sí, señor…

Decelis quedó solo. Se estaba bien allí, entre gente que vivía feliz y sin preocupaciones agobiantes. Estuvo dando unas vueltas por las cercanías de la piscina, se tomó una copa de champán en el bar, estuvo deambulando por las terrazas…

Y por fin vio a Charlotte.

Estaba bailando sola un «*twist*», en uno de los ángulos del jardín que contorneaban la piscina. Tenía una copa de champán en la mano, pero no parecía que se vertiese una sola gota del líquido, debido a que apenas se movía; sólo las caderas y las rodillas, muy suavemente.

Archie fue para allá, sintiendo que el corazón le latía con más fuerza de la acostumbrada. Se detuvo ante la muchacha, pero ella no lo vio, pues tenía los ojos cerrados.

—Hola —dijo Archie.

Charlotte abrió inmediatamente los ojos.

—¡Vaya…! ¡Aquí tenemos a mi pareja! —Casi tartajeó—. ¡No eres nada puntual, Archie, querido!

Decelis parpadeó, asombrado. ¿Qué le ocurría a ella?

—Llegué a las diez en punto —musitó—. Pero no he podido encontrarte hasta ahora…

—¿Y qué hora es ahora?

—Las diez y veinte.

—¡Las diez y veinte… nada más! ¿No quieres bailar?

—Eee… Sí, claro… Dame la copa. La dejaré…

—Bai… bailaremos los tres: la copa, tú y yo… ¿Vale?

—Está bien.

—Anda, abrázame…

—Pero…, pero esto es un… un «*twist*».

—¿Qué importa? ¡Abrázame!

Archie carraspeó y miró a su alrededor. No parecía que nadie les prestase atención. Adelantó el par de pasos y rodeó la cintura de la muchacha con un brazo.

—No, hombre, no… ¡Con los dos brazos!

—Claro…

No estaba claro, precisamente, pero lo hizo. Charlotte llevaba un ligero vestidito sin tirantes, y estaba en verdad como una deliciosa muñequita. Pero su piel ardía, y los nervios parecían a punto de estallar.

—¿Quieres…, quieres champán, Archie?

—Bueno.

Ella le puso la copa en los labios, riendo.

—Así… Un traguito de champán para mi querido Archie… Otro traguito y otro… ¿No quieres más, amor?

—Es que… se ha terminado.

—¡Oh! ¡Qué antipático!

—Esto… ¿Yo?

—¡El champán, hombre…!

Y tiró la copa hacia atrás, con un gesto graciosamente furioso.

—¿Qué estamos bailando, Archie?

—Se supone que un «*twist*».

—¿Hay música de «*twist*» por ahí?

—En estos momentos no hay ninguna clase de música.

—¡Oh, estupendo…! Entonces, bailemos algo de caramelo.

—¿De… caramelo?

—Sí, hombre… ¿No te gustaría besarme?

Archie tragó saliva.

—Yo… Sí… Desde luego que sí…

—Pues hazlo.

Le echó los brazos al cuello y se apretó contra él mimosamente. Pero Archie no se atrevió a besarla. Por supuesto que ahora estaban entre un grupito de palmeras enanas, bailando una música que sólo

debía oír Charlotte y que nadie podía verlos. Pero…

Pero fue Charlotte quien le besó a él, en los labios. Archie la notaba temblar y, contra lo que había esperado, los labios, de la muchacha no estaban frescos y húmedos, sino secos, ardientes como su piel.

—Ahora…, ahora bésame tú a mí…

El «T-man» obedeció. No lo hizo con el gusto adecuado, el que parecía lógico, a pesar de que Charlotte correspondía cálidamente al beso…

—Vaya, vaya… ¿Se divierte, señor Decelis?

Archie respingó. Apartó de sí a la muchacha y se quedó mirando, abochornado, a Eugen Kurpita, que sonreía la mar de divertido.

—Pues…

—Oh, no se disculpe… Le envidio, señor Decelis. Y créame que siento haberles molestado. Estaba dando un paseíto y…

—¿Qué hora es, Archie?

—Las… las diez y media.

—¿De veras?

—Claro…

—Bien… Sigamos bailando. Y tú, Eugen, ¿no tienes nada que hacer por ahí?

—Oh, claro… Hasta luego.

Kurpita se alejó y Charlotte volvió a besar al «T-man».

—Eres un… verdadero encanto, Archie…

—Bueno.

—Lo digo de veras… ¿De verdad son las diez y media?

—Sí.

—Voy… a buscar otra copa de champán… ¡Viva el champán!

—En mi opinión, Charlotte, no deberías beber más.

—¡Quiero beber! ¿Pretendes impedírmelo?

—Pues, no sé… Bueno, quédate aquí; iré a buscarte algo para beber.

—¡No! Serías capaz de traerme soda… ¡Y yo quiero… quiero algo más alegre!

La voz de Charlotte se quebró en las últimas palabras. Archie

notaba el peso del cuerpo de la muchacha en sus brazos. Veía los hermosos ojos como velados, los párpados cansados, la boca como fatigada…

—Te traeré algo… alegre.

—Yo…, yo voy a ir a buscar mi bebida ¡Y no me contradigas!

—No te contradigo.

—A-así me… me gusta.

—Charlotte, pareces cansada… Es mejor que te sientes, y yo…

—Tú espérame aquí, querido… No te muevas de aquí, que tu Charlotte vendrá pronto, prontito… ¿Me esperas aquí?

—Está bien.

Charlotte Perring se dirigió hacia un lado de la casa. Parecía terriblemente cansada, como si fuese a desplomarse de un momento a otro. Archie la estuvo mirando, preocupado, hasta que desapareció de su radio visual. Encendió un cigarrillo, pensativo. En verdad que aquello era lo que menos hubiese esperado de Charlotte Perring.

Diez minutos después, la muchacha todavía no había regresado. Archie pensó que quizá ni siquiera supiese dónde lo había dejado, y se la imaginó con una copa de champán en la mano y buscándolo por el jardín, bailando sola el «*twist*» o lo que fuese que oyese en aquel momento.

Se decidió a buscarla. Diez minutos era tiempo más que suficiente para conseguir una copa y regresar. A lo peor, lo que ocurría era que lo había olvidado. En aquel estado, podía esperarse cualquier cosa de Charlotte Perring.

Dio unos paseos por la parte espesa del jardín, siguiendo los senderos de tierra blanda. En algunos puntos había bancos hechos de troncos, rústicos pero de aspecto confortable. Quizá Charlotte estuviese sentada o tumbada en uno de ellos, desconcertada… o dormida.

Pero no.

No encontró a Charlotte.

Encontró a un hombre. Lo vio de lado, sentado en uno de aquellos bancos colocado en los ensanchamientos circulares del sendero que estaba siguiendo. El hombre llevaba un «*smoking*» blanco, como él, y parecía muy tranquilo y feliz allí, inmóvil. Quizá no era solamente Charlotte la que se hallaba… indispuesta.

Se acercó al hombre. Estaba apoyado de espaldas y de lado en un rincón del banco, con la cabeza caída sobre el pecho. Pensó en la conveniencia de advertirle que podía quedarse allí hasta la mañana siguiente si no espabilaba…

Lo tocó en un hombro.

—Oiga, amigo: ¿ha visto por aquí a…?

El hombre se ladeó hacia el centro del banco. Archie lo agarró suavemente por la ropa, esperando que el otro se despertaría y mantendría el equilibrio por sí mismo. Pero cuando sus dedos soltaron la chaqueta, el hombre continuó cayendo; dio de lado en el banco, rebotó y cayó al suelo, donde quedó inmóvil.

Archie se mordió los labios, disgustado. Se inclinó sobre el hombre y lo zarandeó.

—Oiga…

Notó en su mano «aquello» caliente y viscoso. Lo alzó y se quedó contemplando con estupefacción la sangre. Cuando miró de nuevo al hombre se dio cuenta, al fin, de la mancha de sangre que tenía en la camisa, y que ya estaba empapando una de las solapas del «*smoking*».

Quedó aturdido, petrificado. Luego, sacó el pañuelo y se limpió la sangre de la mano; dobló el pañuelo varias veces y lo volvió a guardar.

¿Y bien?

¿Qué debía hacer un
«T-man»
en aquella situación?

—Esto lo resolvería Tony en seguida… Pero lo mío son los números… ¿Quién debe ser?

Con todo cuidado separó la solapa todavía no manchada de sangre, y sacó una billetera. Allá debía haber alguna documentación, forzosamente.

La había: la tarjeta de conducción. Pero, si bien la luna servía para ver en general, no bastaba para leer lo que ponía en la tarjeta, de modo que Archie sacó su encendedor y lo accionó. Aquélla sí era luz suficiente para leer la tarjeta.

El muerto se llamaba Alfred Rotella, y tenía treinta y cuatro años. Eso era todo. Colocó la billetera en su sitio y…

La tierra crujió detrás de Archibald Decelis, quedamente. El

«T-man»
apagó el encendedor y quiso volverse velozmente…

¡Clock!

Tuvo la sensación de que su cabeza estallaba. Se llenó de luces de colores, de ruidos, de giros vertiginosos…

¡Clock!

«Ciao»; Archie.

* * *

Lo primero que oyó fue una risa deliciosa.

Lo primero que vio, arrugada como una imagen en el agua, fue el rostro de Charlotte Perring.

—¡Querido, no debes beber tanto champán…! —reía ella.

Archie parpadeó. La imagen se fue aclarando, y el agua dejó de moverse.

—Charlotte…

—¿Estás bien, amor? ¡Oh, no volveré a dejarte solo! ¡Eres terrible, Archie!

Oyó la voz de Eugen Kurpita:

—Pues yo no lo vi por el bar. Y no me parece de esa clase de tipos que llevan su botella en un bolsillo.

—¿No vas a levantarte, Archie, querido?

Decelis se sentó bruscamente, sobresaltado. ¡El cadáver…!

El cadáver no estaba allí.

Miró a todos lados, más y más desconcertado. Ni el cadáver, ni la billetera, ni nada. Ni el menor rastro de aquel hombre muerto llamado Alfred Rotella.

—¿Estás buscando la botella? —rió Charlotte—. Anda, toma un poco de mi champán.

El
«T-man»
vio entonces claramente a Charlotte y a Kurpita. Éste se hallaba cómodamente sentado en el banco, con expresión de pícara simpatía. Charlotte estaba sentada en el suelo, a su lado, enseñando las piernas hasta medio muslo con toda naturalidad. Tenía una copa de champán en la mano, que le estaba ofreciendo.

—¿No quieres champán?

—¿Qué ha pasado? —preguntó tontamente Archie.

—Cariño, tú sabrás —rió ella.

—¿Estás bien?

Charlotte Perring parpadeó.

—¿Yo? ¿Me preguntas si yo estoy bien?

—Claro…

—Pues eres muy amable… Estoy bien, desde luego.

Eugen Kurpita se puso en pie.

—Bueno, puesto que ya lo has encontrado, tuyo es, Charlotte. Hasta luego.

Se marchó. Archie no salía de su asombro. Tomó la copa de champán y bebió un trago.

Luego preguntó:

—¿Y el cadáver?

Charlotte se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué cadáver? —De pronto se echó a reír—. ¡Querido, qué pesadilla has tenido! Oh, creo que no te invitaré más a beber… Dame ya esa copa.

Se la quitó de la mano y bebió ella, mirándolo sonriente por encima del cristal, con la boquita pegada al borde como en un beso. Por un momento, Archie Decelis se preguntó si ella no tendría razón: quizá se había mareado, había caído al suelo y había soñado que encontraba un cadáver y que…

¡Qué tontería!

Se llevó una mano a la cabeza, palpando con cuidado. Estuvo a punto de lanzar un grito de dolor cuando su mano pasó por el punto donde había recibido los dos golpes.

—¿Qué te pasa? —se interesó Charlotte.

—Debí…, debí golpearme al caer…

—¿Estás bien ahora?

—Sí…

—¿Ya no tienes pesadillas?

—No… Ya no.

Se puso en pie y ayudó a Charlotte a hacer lo mismo. La rodeó con sus brazos.

—¿De veras tú te sientes bien, Charlotte?

—Yo siempre me siento bien, querido —sonrió ella.

El

«T-man»

estaba más y más desconcertado. ¿Qué demonios estaba sucediendo allí? Vio los labios de Charlotte y le parecieron más turgentes y frescos que antes. De pronto se dio cuenta de que la piel de ella ya no ardía, de que estaba fresca y suavísima…

La apretó un poco más y quiso besarla. Entonces la muchacha colocó la copa de champán delante de su boca.

—Por favor, Archie —musitó sonriendo.

—Sólo quería besarte.

—No debes ir tan de prisa. Todo llega a su debido tiempo.

Archie parpadeó.

—¿No me dejas besarte?

—No digo que eso no llegue, querido… Pero a su debido tiempo. Quisiera que fuese también de mi agrado el beso, no solamente del tuyo.

—¡Pero antes me besaste tú…, nos besamos…!

Charlotte se lo quedó mirando fijamente.

—¿Eso hice? —musitó—. Bien, en ese caso podemos… repetir.

Bebió un sorbito de champaña y dio el resto de la copa a Archie. Luego dejó caer la mano y entreabrió los labios y cerró los ojos.

Decelis besó aquellos bonitos labios. Estaban tiernos y frescos, suaves, dulces por el champaña… NI mucho menos recordaban aquella ardiente aspereza de antes. Igual que la piel de la muchacha, fresca ahora…

Apartó a Charlotte y la miró a los ojos Intensamente. Estaban brillantes, despiertos, atentos. Todo en ella era ahora vitalidad, pujanza, juventud palpitante.

Quiso besarla de nuevo, pero ella ladeó la cabeza.

—Los besos son como el champaña, querido —amonestó—: se corre el peligro de que se suban a la cabeza… ¿Te parece que vayamos a reunimos con los demás?

—Como quieras.

¿Qué debía hacer? Desde luego, lo del cadáver no había sido una pesadilla. Charlotte podía creerlo así, si ése era su gusto, pero él sabía a qué atenerse. Sin embargo, ¿qué hacer? ¿Decir a todos que había encontrado un cadáver que ya no estaba? ¿Avisar a la Policía? ¿O avisar a…? ¡Claro! ¡Eso era lo que tenía que hacer cuanto antes!

—Se me está ocurriendo que aquí nos aburrimos, Archie. Esto se

queda para los viejos, ¿no crees?

—¿Eh…? ¡Oh, sí…! Esto… Sí, para los viejos…

—¿Te parece que vayamos a divertirnos por ahí? Podríamos tomar los coches y buscar algún sitio divertido… En el «Carrillón» está de nuevo Lou Walters con su «Oui, Paree». O podríamos Ir al «Slngapore», al «Fontainebleau»… ¡Tenemos la noche por delante! ¿No te parece?

—Claro… Eso es: tomamos los coches y nos vamos a… a divertirnos.

—¡Vamos a buscar a los demás!

Charlotte tiró de la mano del

«T-man»,

llevándolo hacia la casa. Indiscutiblemente, la muchacha estaba llena de vitalidad; ya no tartajeaba, ni parecía cansada… Cuando llegaron a la piscina empezó a reunir a los invitados jóvenes y a exponerles el plan, que fue aceptado por unanimidad. En unos minutos cinco parejas jóvenes habían sustituido el bañador por el «*smoking*» y el vestido de noche, y estaban dispuestos a correrla en grande.

Archie no se cansaba de admirar a Charlotte, organizando la «safari». La muchacha vibraba de deseos de divertirse. Se le abrían mucho los ojos y las pupilas se habían empequeñecido, como si les sobrase luz…

—¡Archie, vamos ya…!

Todos corrían ya hacia los coches. Las personas de más edad sonreían con cierta ironía, pensando en lo mucho que se iban a «divertir» los jóvenes. Bueno, allá ellos.

—¡Cada uno a su coche! ¡Primer puesto de ojeo: el «Deauville»!

Los coches salían zumbando de la quinta, haciendo sonar los cláxones. Archie, más tranquilo y cuidadoso, fue el penúltimo en salir. Ya fuera de la quinta vio por delante de él la pequeña caravana de coches lanzados a toda velocidad por Biarritz Drive… La primera multa no tardaría en llegar.

Pero no sería a él a quien se la impusieran. Los coches llegaron en seguida a Rue Versailles, perpendicular a Biarritz Drive, y la tomaron con sonoro rechinar de neumáticos. Lo mismo sucedió cuando enfilaron la 71 st Street, y, de allí, directos a Normandy Drive, por la cual cruzaron sobre el mar hasta la península de

Miami Beach. Luego, Indian Creek abajo… Al llegar al cruce de ésta con la West 63rd Street, Archie redujo la marcha y se desvió hacia Allison Island, lentamente, suspirando de alivio al ver alejarse la caravana en el momento en que dos motoristas, tras una incrédula mirada a los coches, saltaban a sus motos y partían a toda velocidad en su persecución.

Entonces, Archie, relajados los nervios y sin darse cuenta de que uno de los coches ya no estaba delante de él, sino detrás, rodó por la 63, enfiló Alton Road y se dijo que sí, que, en efecto, lo mejor que podía hacer era recurrir al hombre que lo arreglaría todo.

Seguro.

CAPÍTULO II

Tony Leopard estaba en bata. Una bonita bata de seda amarilla, que sentaba muy bien a su bronceada piel. Pero, realmente, aquella bata le había sentado igual a un tigre manso, que, a fin de cuentas, es lo que era Tony Leopard. Con su gran bocaza, sus greñas color remolacha y sus ojos color pimiento, de mirada viva y rápida[1] y con «Charlie» en su regazo. Tony podía representar cualquier cosa menos la estampa del hombre casero que disfruta del «Sweet home».

El que mejor lo estaba pasando en aquellos momentos era el gato «Charlie», que runruneaba de placer mientras los fuertes dedos de su querido Tony hurgaban detrás de sus orejas.

En cuanto a tía Minnie, había dejado de hacer calceta para fijar su escrutadora mirada de señora intransigente en el joven que acababa de irrumpir no demasiado correctamente en el «*living*» de la fabulosa quinta que su único y amadísimo sobrino tenía en el 5774 de Alton Road, Miami Beach, y que había bautizado con el escalofriante nombre de «El pajarraco».

Tony se lo tomó con más filosofía. Su visitante se había detenido ante él y había exclamado:

—Tony, encontré un cadáver…

—Pues que aproveche —sonrió Tony—. ¿Qué es de tu vida, Archie?

—¡Escucha, déjate de tonterías! ¡Te estoy diciendo que encontré un cadáver, un muerto…! ¡Y sabes muy bien qué es de mi vida, porque nos vemos con mucha frecuencia!

—¿No quieres sentarte? ¿Te apetece un V. T.?

Archibald Decelis se calmó de pronto. Sonrió y se sentó.

—De acuerdo.

Leopard señaló a la señora de los ricitos en la frente.

Ella es tía Minnie. Ya sabes: la que todavía no está decidida a dejarme sus millones como estupenda herencia. Está indecisa entre «Charlie» y yo.

«Charlie» dijo «miau» y acomodó mejor su negra pelambrera en el regazo de Leopard. Decelis se levantó de un salto, sonrojado, y se dirigió hacia tía Minnie.

—¿Cómo… cómo está usted, señora?

Tía Minnie le tendió la mano.

—Asombrada de sus pocos modales, joven. Ésta no es manera de entrar en una casa ajena.

Archie se sonrojó un poco más y miró hacia su amigo, como pidiendo ayuda.

—Tía Minnie es muy severa —sonrió Tony—. Vino hace un tiempo desde Nueva York para saber qué clase de vida disoluta e inútil llevaba su único heredero en Miami, a fin de desheredarme si procedía. Pero se enteró de que soy un valeroso agente especial del F. B. I…, y, desde entonces, no he encontrado el modo de devolverla a Nueva York. Me, temo que no tendremos otro remedio que soportarla, Archie.

—Oh, será… será un placer —murmuró Archie.

—¡Que te crees tú eso! —rió Leopard—. ¿Conoces a «Charlie»? Es un gato muy inteligente. ¿Te hablé ya de él?

—Eee… Sí… Y de tu tía, también… Yo creí…

—¿Qué creyó usted, joven? —exclamó tía Minnie.

—Oh, pues… Bueno, es que Tony… Vaya, yo creía que usted sería más… más vieja y… y cascarrabias…

Tía Minnie se quedó mirando, sorprendida, a Archie. De pronto, sonrió y se atusó los grises natos.

—¿No le parezco… vieja?

—No, no… No, señora.

Ella miró furiosamente a Leopard.

—¿Oyes esto, sobrino Anthony Leopard?

—Sí, tía Minnie.

—¡Tu amigo es un caballero!

—Sí, tía Minnie.

—: ¡Y tú eres un… un…!

—Sí, tía Minnie.

—¡Todavía no he dicho lo que eres!

—Sí, tía… Digo, no, tía Minnie.

Tía Minnie soltó un bufido y se calló. Leopard suspiró, le guiñó un ojo a Decelis y dijo:

—¿Te preparo el V. T. o no?

Leopard se movió apenas en el sillón hacia la mesita rodante donde tenía las bebidas. Preparo un «vodka-tonic» como solo él sabía hacerlo, y tendió el vaso.

—Bebe un par de tragos, cálmate y cuéntame eso del cadáver.

Decelis obedeció. Conocía a Tony, lo admiraba profundamente y sabía que ahora todo iba bien. Bebió el par de tragos y contó lo referente al cadáver.

—¿No se te ocurre que debiste llamar a la Policía? ¿Por qué a mí? ¿Y por qué no directamente a la Delegación, en todo caso? ¿Te interesa el caso, tía Minnie?

La buena señora estaba escuchando lo que hablaban los dos hombres con verdadera avidez.

—Calla y trabaja, Tony —replicó.

—Sí, tía Minnie. Bien, Archie, ¿por qué no avisaste a la Policía?

—No sé… Me sentí un poco como en ridículo con Charlotte y el maldito burlón de Kurpita… Y, luego, sin tener el cadáver…, ¿cómo podía denunciar un crimen… o lo que sea?

—Claro… Sin embargo, un cadáver no puede desaparecer, Archie. Es obvio que alguien se lo llevó… Naturalmente, la misma persona que te golpeó, ¿no crees?

—Claro… Oye, Tony, ¿tú crees que… que Charlotte Perring puede tener algo que ver en esto?

—¡Claro que no, joven! —exclamó tía Minnie—. Una señorita del tipo capaz de asesinar no le habría invitado a usted a su casa, sabiendo que es un agente del
F. B. I.

—Señora, solamente soy… soy contador federal…

—¿No es lo mismo?

—Pues, verá usted… Bueno —se dirigió de nuevo a Tony—, tú le explicarás a tu tía, Tony. Mira, tú eres agente activo, éste es tu trabajo. Yo… yo no sabría qué hacer…

—No exageres, Archie.

—Bueno, si te niegas a ayudarme.

—Oh, déjate ya de tonterías. ¡Y no seas tan tímido, como si tuvieses un complejo de inferioridad de ésos tan tontos…!

—Está… está bien, Tony. Bien… Esto… ¿Qué hacemos?

—Pues lo lógico, tratándose de un asesinato, en principio, sería avisar a la Policía. Y olvídate de eso de sentirte en ridículo. Has encontrado un cadáver y eso debe tener una explicación. Sí… Deberíamos avisar a la Policía, *pero*… Has dicho que ese hombre se llamaba Alfred Rotella, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien. No perdemos nada…

—¿Qué vas a hacer?

Leopard se había puesto en pie y se dirigía hacia el teléfono. Sin contestar a Decelis, descolgó el auricular y marcó el número de la Delegación del
F. B. I.
Pidió por el inspector Gordon y, segundos después, decía…

—Sí, señor: el mismo que duerme y ronca.

—¿…?

—Un muerto de nada. Archie lo vio.

—¿…?

—Archibald Decelis. Es un
«T-man»,
amigo personal mío; está convencido de que yo puedo arreglarlo todo.

—¡…!

—Sí, señor; lo sacaré de su error. Vamos a salir los dos para ahí en seguida, jefe. Mientras tanto, ¿quiere ordenar que busquen un nombre en los archivos?

—El muerto se llamaba Alfred Rotella… ROTELLA… Eso es. Vamos para allá, jefe.

—¿…?

—Pues no sé qué pinta el
F. B. I.
en esto… Pero no perdemos nada investigando al tal Rotella. Luego, si no es nuestro, se lo regalo a los chicos del Police Department… Seguro que colocarían en el caso a Rufus Sebastian; siempre le cargan lo difícil.

—Sí, señor… Sebastián es listo y yo no. Salimos para ahí.

Colgó, sonriendo, y se volvió hacia Decelis.

—Mientras me visto, acaba ese V. T. y ve a sacar mi coche del garaje.

—¡Oh, tengo el mío delante de tu quinta!…

—Estupendo. Así ahorraré combustible. Ya vuelvo. Supongo que no necesito «*smoking*»…

Decelis se turbó. Se miró su chaqueta…

—No, claro… ¡Eh, olvidaba una cosa!

Sacó el pañuelo con el que se había limpiado la sangre de la mano. Leopard se acercó y miró el pañuelo sin tocarlo, fruncido el ceño.

—¿Qué es eso?

—Me… me manché de sangre de… del muerto y me limpié con mi pañuelo.

Leopard pareció divertido. Movió la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Vaya cosas de olvidar, hijito… No vayas a perderlo, ahora.

—Oh, no…

Leopard se alejó por fin. Regresó apenas cuatro minutos más tarde, vestido corrientemente, de calle. Llegaba poniéndose la chaqueta, de modo que Archie, tía Minnie, e incluso el compungido «Charlie», que no encontraba lugar tan cómodo como el regazo de su buen amigo Tony, pudieron ver los atalajes, la funda y la culata de la imponente pistola.

—Muy bien —sonrió Leopard—: te estaré reprochando toda la vida que esta noche hayas venido a fastidiarme, Archie. ¿Nos vamos?

—Eeee… Sí… Claro, sí. Buenas… noches, señora tía Minnie.

—Adiós, joven.

Tony se acercó a su tía y le dio un beso en la frente, socarrón.

—Adiós, vieja gruñona.

Tía Minnie lo retuvo de una manga.

—Tony…

—Tranquila. Dejo a «Charlie» cuidándote. Y no te preocupes por mí. Si tardo mucho —guiñó un ojo— es que encontré una rubia de corazón solitario. Adiós, «Charlie».

Se fue hacia Archie, le pasó un brazo por los hombros y los dos se dirigieron hacia la salida del «*living*».

—Tony, ten cuidado…

Leopard se volvió.

—Tómate un par de V. T., tía Minnie. Ya te he dicho lo de la rubia. ¡Ah!, y no molestes demasiado al inspector Gordon con llamadas telefónicas. Volveré cuando… cuando vuelva.

Se marcharon los dos definitivamente. Archie amoldó su paso a las enormes zancadas del gigantesco Leopard.

—¡Hey, Tony!, yo juraría que tu tía te quiere de veras…

—¿Tú crees? —ironizó el «G-man».

Salieron de la casa La quinta de Anthony Leopard no tenía gran cosa que envidiar a la de los Perring; seguramente su cuenta bancaria tampoco tendría gran cosa que envidiar a la de los mismos Perring. Pero, ya se sabe, hay quien, aunque tenga dinero, lo pasa bomba jugándose el pellejo.

Por detrás, la quinta de Tony Leopard daba directamente al mar, con su playita particular. Por delante daba a Alton Road. Cuando salieron a ésta, Leopard captó el desconcierto de Decelis.

—¿Y ahora?

—Mi coche… Lo dejé ahí… Seguro, Tony, lo dejé ahí mismo, junto a esas dos palmeras.

—Ésta es una noche asombrosa —sonrió secamente el «G-man» —… Primero desaparece un cadáver; luego, nada menos que un coche. No te muevas de aquí.

Regresó al interior de la quinta y apareció, un minuto después, al volante de un despampanante «Cadillac» convertible. Archie todavía estaba perplejo.

—Te juro que lo dejé ahí…

—Sube. No hace falta ser un agente del F. B. I. para comprender que te han robado el coche. Bueno, eso es un detalle tonto, sin importancia. Vamos a ver al inspector Gordon. Se parece a tía Minnie.

—¿Cómo dices?

—Digo que es un poco cascarrabias, pero buena persona. ¡Sube, maldita sea!

* * *

El inspector Gordon escuchó atentamente las explicaciones de los dos, pensativo. Por fin, se rascó la barbilla y dijo:

—Quizá sería una buena idea ir a hacerles algunas preguntas a las personas que han tomado parte en esa fiesta, ¿no?

—Yo creo que no, señor —opinó Leopard—. Hay que dejarles que actúen.

—¿Cómo?

—Digo que si alguna de esas personas tienen algo que ver en esto lo mejor será dejarles que se muevan libremente, esperando un fallo o algún detalle revelador. De momento, ya le han robado el coche a Archie.

—¿El coche? ¿Por qué?

—No lo sabemos.

Gordon se dirigió directamente a Archie.

—¿Llevaba algo importante en su coche, Decelis?

—No, señor…

Tony acabó de encender un cigarrillo y sonrió:

—Se dice: «que yo sepa, no, señor».

—¿Qué quieres decir? —exclamó Archie.

—Psé… Creo que, de momento, avisaremos a la Policía para que busque tu coche. Sólo pasará a ser cuestión federal si nos enteramos de que ha cruzado la frontera. Y eso, teniendo en cuenta que sólo puede cruzarla por el Norte, requiere algo de tiempo. ¿Puedo usar el teléfono, jefe? Gracias.

Descolgó el auricular.

—Ponme con el Pólice Department, Boyd. Sí, en seguida.

Esperó unos segundos…

—¿Hola? Quiero hablar con Rufus Sebastian. Urgente, desde luego… ¿Eres tú, Rufus?

—Sí, hombre, soy Tony. ¿Cómo está tu esposa?

—¿De veras? ¡Enhorabuena, demonios! ¡Seguro que será un niño, ya verás!

—¡Je, je…! Claro, en París también hay niñas… Oye, Rufus, te voy a poner con un amigo personal. Es un
«T-man»,
además. Le han robado el coche, de modo que te dará la matrícula, las señas…

—¡Ya lo sé! Tú eres más importante que todo eso. Pero se trata de un favor personal al viejo Tony. ¿Okay?

—Eso es otra cosa. Te pongo con Archie Decelis. Ya nos veremos.

Leopard tendió el auricular a Decelis, que lo tomó y fue dando la descripción y matrícula de su coche a Rufus Sebastian, sargento de Homicidios del Police Department. Por supuesto que el robo de un coche no tiene nada que ver con Homicidios, pero tratándose del «viejo». Tony…

Este habíase sentado de nuevo, tendiendo una mano hacia su jefe.

—¿Es eso algo importante?

—La ficha de Alfred Rotella.

—¡Vaya…! ¿Lo tenemos, entonces?

—Ya ves.

Leopard abrió la carpeta, echó un vistazo y, en seguida, silbó por lo bajo.

—¡Caaaramba! Tendremos que quedarnos el caso, señor.

—Eso pensé, Tony. Y fue por ello que dije de Ir a preguntar a casa de los Perring respecto a ese Rotella…

Decelis colgó en aquel momento, miró la carpeta y preguntó:

—¿Es algo relacionado con lo nuestro, Tony?

—Ya lo creo… Al Rotella ha estado en la cárcel dos veces. La tercera vez se le acusó de «pusher», pero no se le pudo probar… Se llegó a la conclusión de que trabajaba para un «gang» importante, que trabaja en gran escala… Y eso fue todo. Sospechas. ¿Qué te ocurre, Archie?

El
«T-man»
estaba un poco pálido.

—¿Has dicho… un «pusher», Tony?

—Sí: eso he dicho. Un tipo de esos que se dedican a la distribución de drogas, viciando a perdonas que jamás soñaron con la cocaína, morfina y porquerías de ésas. La condena contra un «pusher» es la pena de muerte. Pero, en el caso de Rotella, la ley se ha ahorrado dinero y molestias.

—Sí…, claro…

Leopard dejó la carpeta sobre la mesa, cambiando una

rapidísima mirada de Inteligencia con Gordon.

—Naturalmente, la presencia de Rotella en la quinta de los Perring parece reveladora… Me refiero, claro está, a que es posible que alguna de las personas presentes a la fiesta puede…, podía ser cliente de Rotella. ¿Viste algo?

—¿Có… cómo?

—Te pregunto si viste algo revelador allá, Archie. Alguna persona que te pareciese adicta a las drogas, por ejemplo.

Decelis se pasó la lengua por los labios.

—No sé… Bueno, yo no entiendo de estas cosas, Tony…

Leopard se puso en pie de un salto y clavó furiosamente un dedo en el esternón de Decelis.

—¡Entiendes lo mismo que yo! ¡Te lo enseñaron igual que a mí, o poco menos! Síntomas: decaimiento, languidez, nerviosismo, fatiga, abulia, desesperanza…, todo depende, casi siempre, de la naturaleza del individuo. Y, luego, al doparse, la reacción opuesta: euforia, energía, vitalidad…, empequeñecimiento de las pupilas, mirada brillante…

—No… no sé.

—¿Qué demonios te pasa? ¡Lo sabes todo tan bien como yo, te digo…! ¡Oh, vamos, Archie, algo tuviste que ver, seguramente!

—Yo… siento no poder ayudarte, Tony…

—¡Ayudarme! Escucha bien esto, contador de los demonios, ¡soy yo quien te está ayudando a ti!

—Bueno, yo… Yo creo que éste es un caso vuestro…, del F. B. I., quiero decir, y…

Tony Leopard quedó como quien ve visiones.

—Un momento… Un momento, Archibald Decelis. ¿Estás dándome a entender que te desentiendes del caso?

—Pues… pues, sí, eso… eso es. Naturalmente, si me necesitáis como testigo cuando… cuando sea, pues… pues podéis contar conmigo. Hasta la vista, Tony. Adiós, inspector.

Y se fue.

Leopard estuvo unos segundos mirando la puerta como atontado. Por fin, se dejó caer en uno de los sillones, todavía rojo de rabia.

—¡El muy cochino…!

—Cálmate —sonrió Gordon—. Tu amigo sabe algo, eso es evidente. Lo interesante sería que nosotros supiésemos por qué no nos lo dice.

Tony se calmó rápidamente. Estuvo unos segundos reflexionando, fija la mirada en el pañuelo manchado de sangre que Decelis había dejado sobre la mesa.

—Desaparecen un cadáver y un coche. Y todo lo que tenemos es un pañuelo manchado de sangre y un contador federal que escurre el bulto… Me pregunto qué podemos hacer con un pañuelo manchado de sangre.

—¿Te parece bien que lo mandemos a analizar? —bromeó Gordon.

—Todo lo que obtendremos será una prueba de sangre, que, cotejada con el grupo sanguíneo de Al Rotella, nos demostrará que es de él seguramente.

Además, no creo que Archie nos haya mentido en nada, jefe.

—Seguro que no —admitió secamente Gordon—, pero lo cierto es que se va llevándose una información que a nosotros quizá nos sería de utilidad…

CAPÍTULO III

Archie Decelis vivía en un bonito y cómodo apartamento en el sexto piso de un edificio situado en el cruce de Biscayne Boulevard y la North West 69th Street.

Cuando entró en él, su expresión era de profunda preocupación. Cerró la puerta a su espalda, dio la luz y, al mismo tiempo, se dio cuenta de dos cosas. Una: el cristal de la ventana del vestíbulo, que daba a la escalera de incendios, estaba roto, y los pedazos caídos en el suelo, por tanto la rotura había sido de fuera a dentro. Dos: había luz en su dormitorio, cuya puerta estaba entornada.

Apagó la luz del vestíbulo un instante. Sí, en efecto, había luz en su dormitorio…

El «T-man» tragó saliva.

—¿Quién…, quién hay ahí?

Se convenció a sí mismo de que no debía temer nada y caminó con su mejor paso resuelto hacia el dormitorio. Empujó la puerta con la punta de un pie hasta abrirla del todo.

—¿Quién…?

—¡Ho-hola, querido…!

—¡Charlotte! ¿Qué haces aquí?

Decelis estaba absolutamente estupefacto. Charlotte Perring estaba tendida boca arriba y cruzada en su cama, con las faldas casi hasta la cintura, deliciosamente desgreñada y con una botella de vino español en cada mano, ya abiertas y mediadas.

—¡Que-querido Archie…! Tienes…, tienes un apartamento…, un apartamento que…, que… ¿Qué iba yo a decir?

Decelis corrió hacia la muchacha, le quitó las botellas, las miró y

lanzó una furiosa exclamación.

—¿Estás loca? ¿Qué crees estar bebiendo? ¿Coca-Cola? ¡Este vino tumba a cualquiera!… ¡Y dos botellas!

Las dejó sobre la mesita de noche. Cuando se volvió hacia Charlotte, la muchacha lo estaba amenazando con un dedito oscilante.

—No me…, hip… No me, ¡hip! No me…, ¡hip!, riñas… ¡Te quiero, Archie!

Decelis la incorporó de un tirón.

—¡Vas a marcharte de aquí ahora mismo!

Charlotte empezó a decir que no con música de «Es un muchacho excelente», riendo a más y mejor. Se soltó de la mano del contador federal y cayó de nuevo de espaldas en la cama.

El «T-man» la incorporó otra vez, más furiosamente que antes.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Por la… ventana. La puerta estaba, ¡hip!, cerrada, así que salí por la ventana del…, ¡hip!…, pasillo a la escalera de…, ¡hip!…, incendios…

—¿Y entraste rompiendo un cristal?

—A-así es, ¡oh, dulce amor mío!… ¡Hip!

—¡Pudiste matarte!

—¡Qué…, hip…, divertido!…

Decelis miró a todos lados, como acorralado. Primero, bajó la falda de la muchacha. Luego, la soltó y corrió hacia la puerta del dormitorio, mientras Charlotte volvía a caer en la cama, riendo.

Fue a la cocina, empapó un trapo con agua y regresó al dormitorio. Charlotte estaba bebiendo vino español directamente de la botella, con las faldas de nuevo subidas. Se la quitó de un manotazo y le colocó no menos bruscamente el trapo empapado en la frente, de modo que Charlotte cayó una vez más hacia atrás. En seguida, se quitó el trapo sólo lo necesario para asomar un ojo.

—Ar-chieee…

—¡Oh, cállate! ¡Se van a enterar todos de que…, de que no estoy solo en mi apartamento!

—Eres…, eres un…, un tramposo… ¡Me dejaste sola!

Decelis le tapó el ojo con el paño mojado.

—¿Cómo llegaste aquí?

—¡En coche! —rió ella.

—Te pregunto cómo supiste dónde vivo.

—Oh, qué…, qué tonto eres… ¡Lo vi en un listín te… te…!, ¡hip!…, ¡tele… fónico…!

—Está bien… Vas a marcharte en seguida, Charlotte.

—¡No seas… tonto…!

—Tonto o no, te vas a marchar. ¿Tienes abajo el coche?

—¡Hip!

—Pues te llevaré a él… ¿Dónde tienes los zapatos?

—Por…, por ahí…

Salió del dormitorio en busca de los zapatos. Los encontró cuando ya desesperaba, en la escalera de incendios. Dedujo que la muchacha había roto el cristal con el tacón de uno de ellos, y que había considerado más cómodo prescindir de los dos allí mismo.

Cuando regresó con los zapatos al dormitorio, Charlotte estaba de nuevo incorporada, con el trapo mojado puesto como un turbante, piernas al aire y bebiendo más vino.

—¡Deja eso de una vez!

La botella fue a parar al otro extremo de la habitación debido al manotazo, y Charlotte dio de nuevo con su espalda en la cama. Decelis se inclinó y comenzó a ponerle los zapatos. De pronto, al alzar la mirada hacia las piernas de ella, vio los pequeños puntitos rojos. Estaban en la cara interna de ambos muslos. Se veían muy bien sobre la carne fina y ligeramente dorada por el sol.

Archie palideció una vez más aquella noche. Su mirada quedó fija en aquellos puntitos, en aquellos pequeños pinchazos. En modo alguno pensaba que estaba viendo las bonitas piernas de una linda muñequita. Sólo veía los pinchazos que, poco a poco, parecieron empezar a bailar ante sus ojos.

—Arrrchieee…

Acabó de ponerle los zapatos y se sentó en la cama, junto a la muchacha. Ella le miraba con una tonta sonrisa de niña picara. Estaba más bonita que nunca, y su boca, pensó Archie, seguramente debía estar fresca ahora, a pesar del vino…

La cogió de un brazo y se lo levantó, examinándolo. No había pinchazos allí. Ni en el otro. Para tomar éste, tuvo que inclinarse mucho sobre ella, cruzándose por encima, y cuando, al soltarlo,

quiso incorporarse, los brazos de ella se lo impidieron, rodeando su cuello.

—Un…, ¡hip!, un…, ¡hip!…, un besito…, ¡hip!, Archie…

—Te voy…, te voy a llevar a tu casa…

—No, no… Yo…, yo he venido aquí a…, a saber… He venido a…, ¡hip!…, saber si tú… ¡Oh, no recuerdo…, hip, lo que…, lo que quería saber…!

—Voy a llev…

Charlotte había apretado el cerco de sus brazos, de modo que, venciendo un poco a Decelis hacia abajo y alzándose ella otro poco, sus labio; llegaron a los del

«T-man».

Éste notó frescos y suaves los de la muchacha. A pesar de que parecía estar en idénticas condiciones a cuando la encontrara bailando sola el «*twist*» cerca de la piscina, los labios estaban frescos y tiernos ahora…

—¿Me…, me quieres…, ¡hip!…, Archie?

—Charlotte, te lo ruego…

—¡Dime si me…, hip…, quieres!

—No lo sé… Creo que sí… ¡No lo sé!

—Yo tengo…, tenía que sonsacarte algo…

Decelis se alertó.

—¿El qué? ¡Dímelo, Charlotte!

—No… recuerdo… Quiero más vino… ¡No, no! Quiero…, ¡hip!…, otro beso…

Apretó de nuevo el cerco de sus brazos y volvió a besar al federal que, por otra parte, no opuso, precisamente, toda su resistencia.

—Voy…, voy a llevarte a tu coche, Charlotte.

Los brazos de ella se crisparon en el cuello de él.

—¡No! ¡No me dejes sola, Archie! ¡Te lo suplico!

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

—Tengo…, tengo miedo…

—¿De qué? ¿De qué, Charlotte?

La barbilla de ella comenzó a temblar.

—No…, no lo sé… ¡Archie, no me dejes sola! ¡¡No me dejes!!

Lo miraba con ojos muy abiertos. Era cierto que tenía miedo. En aquellos momentos, Charlotte Perring estaba aterrorizada, y sus

manos parecían querer incrustarse en la nuca del
«T-man».

Éste la estuvo mirando fijamente durante unos segundos. Por fin, se pasó la lengua por los labios y musitó:

—¿Qué estás haciendo, Charlotte? ¿Qué estás haciendo contigo misma?

—No sé… No sé… ¡Archie, no te vayas!

De pronto rompió a llorar, apretándose más fuertemente contra Decelis. Éste estuvo unos segundos sin saber qué hacer, consternado y confundido. Optó por ponerse en pie, siempre con la muchacha abrazada a él. Recogió el trapo húmedo y le limpió las lágrimas.

—Cálmate, muñequita… No te voy a dejar. Vamos, no llores ya más…, por favor. Te voy a llevar a casa. Yo te llevaré, no te dejaré sola… ¿Estás conforme?

—Charlotte asintió varias veces con la cabeza, que tenía pegada a un hombro del federal. Archie Te alzó la barbilla.

—De acuerdo… Así me gusta. Tranquilízate. ¿Quieres que te dé un besito?

Ella volvió a asentir con la cabeza, como una niña que acepta el consuelo de una golosina.

Archie la besó. Luego, mirando aquellos maravillosos ojos, sonrió y dijo:

—¿Sabes? Sí sé que te quiero. Lo sé muy bien… Y ahora te llevaré a tu casa. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, Archie. Lo… lo que tú digas…

Decelis rodeó con un brazo la cintura de la muchacha y se dirigieron los dos hacia la salida del apartamento. Bajaron en el ascensor y cruzaron muy abrazaditos por delante del amoscado portero del inmueble, cuyo último gesto fue de incredulidad.

Afuera estaba el coche de Charlotte. Archie sentó a la muchacha junto al volante, cerró la portezuela y rodeó el vehículo por delante; se sentó ante el volante y miró a Charlotte, que estaba con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y muy pálida.

El
«T-man»
arrancó.

* * *

Ronald Perring parecía no creer lo que estaba oyendo.

—¿Y dónde está ella ahora, Decelis?

—En el coche… Me ha parecido que no debía hacerla venir hasta aquí sin que usted supiese…

—Ha hecho muy bien. Y se lo agradezco. Pero…, pero ¿cómo ha ocurrido esto? ¿No se dio usted cuenta de que ella estaba bebiendo demasiado?

—Bueno, yo…, yo no estaba con ella. Eee… Yo…, yo perdí los coches de vista, y…, y entonces me dije que quizá sería mejor ir a ver a un amigo. Quiero decir que…, que esos muchachos y yo no…

—Está bien, está bien. Comprendo que no congenie con esos locos. Se fue a ver a un amigo. ¿Qué más?

—Pues cuando…, cuando volví a mi apartamento, su hija estaba allí y…, y tenía dos botellas de vino español de ese que…, que engaña al beberlo… Y ella… Bueno, yo creí que debía venir a traerla, señor Perring.

Ronald Perring se estrujó las manos.

—Nunca…, nunca había ocurrido esto, Decelis, se lo juro. No consentiría jamás que mi hija fuese una de esas muchachas que… Por Dios, quiero decir que…

—Lo entiendo, señor Perring. Y usted mismo me dijo cuánto quiere a Charlotte. Le comprendo a usted, de veras.

—Gracias…, gracias por todo, Decelis. ¿Querría hacerme un último favor?

—Desde luego.

—No quisiera que…, que mis amigos viesen a Charlotte así… Usted también lo ha comprendido. ¿Podría llevarla hacia la parte de atrás, por el jardín?

—Oh, sí…

—Bien… Vaya a buscarla al coche… ¿Dice que está dormida ahora?

—Sí, señor.

—Mejor… Yo le estaré esperando atrás. Procure que no le vea nadie, muchacho.

—Lo intentaré.

Media hora después, y tras haber conseguido entre ambos subir a Charlotte a sus habitaciones sin que nadie se diese cuenta, el

contador federal abandonaba la quinta, a pie, puesto que había llegado en el coche de Charlotte y luego había rechazado la oferta de Ronald Perring. Quería caminar, reflexionar…

Pero apenas había dado una docena de pasos alejándose de la quinta cuando un imponente «Cadillac» frenó silenciosamente a su lado, junto al bordillo. La portezuela se abrió y la cabeza de Tony Leopard apareció en el hueco. Miró hoscamente a su amigo y gruñó:

—Sube.

CAPÍTULO IV

Archie Decelis, tras el inicial sobresalto, se quedó mirando asombrado a su amigo.

—¿Tú? —musitó.

Leopard soltó un gruñido.

—Sube.

Hubo una ligera vacilación en el
«T-man»,
pero comprendió inmediatamente que no podía negarse. Leopard se deslizó hacia delante del volante, dejándole sitio. En seguida, el coche arrancó.

Archie miró de reojo a Leopard.

—¿Has estado siguiéndome?

—Desde luego.

—Creo…, creo que no tienes derecho a eso, Tony. Leopard sonrió irónicamente.

—Eres en verdad gracioso, Archie. Sí. Un tipo simpático…, pero muy tonto. ¿Qué estás tratando de ocultarme… a mí?

Decelis apretó los labios, dispuesto a guardar silencio. Leopard condujo el coche por Biarritz Drive por el cruce bajo la 71 st Street, volvió a la Izquierda en Normandy Drive, y poco después tomaban la North Bay Causeway, que une Miami Beach con North Bay Village y finalmente con Miami, ya en la costa. Llegó a Treasure Island, se desvió hacia la izquierda y detuvo el coche en la punta de Treasure Drive, en un lugar tranquilo.

Estuvo unos segundos pensativo. Por fin, miró a Decelis, sonrió y preguntó:

—¿Un cigarrillo?

—No.

Leopard encendió uno para sí. De nuevo pareció pensativo unos segundos, con la mirada fija en el mar y en las luces de los yates y diversas embarcaciones que navegaban por Biscayne Bay. Al fondo, la luminaria de Miami Beach.

—Archie —dijo de pronto—, nosotros somos amigos desde hace tiempo. Sabemos cosas el uno del otro. Por ejemplo, que ninguno de nosotros necesita trabajar para vivir…

—Yo no soy tan asquerosamente millonario como tú. Ni siquiera necesitas la herencia de tu tía Minnie.

—Es cierto —sonrió Tony—. Tengo tanto dinero que sólo hay un motivo por el cual soporto a tía Minnie. En verdad siento cariño por ella. Llegamos entonces a la conclusión de que el dinero no me importa demasiado. Quizá porque tengo demasiado, pero no me importa.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A exponerte mi opinión de que a ti tampoco te importa mucho el dinero.

—Cierto. ¿Y qué?

—Entonces, tenemos que los dos trabajamos porque nos gusta… Es decir, trabajamos precisamente en lo que nos gusta. ¿De acuerdo?

—Pues… sí, claro.

—En tal caso, hacemos nuestro trabajo con auténticas ganas de que salga lo mejor posible.

—Eee… Sí.

—Bien. Tú y yo somos buenos amigos, insisto. Antes has venido a mi casa, me has atrapado en pleno descanso y me has dicho que me necesitabas. Todo lo que he hecho yo ha sido colocarme mi pistola en el sobaco y acompañarte. No te he puesto condiciones, ni te he dicho que mi ayuda llegaría hasta un límite: me he provisto de mi pistola y he salido contigo. Tú sabes que podías contar conmigo para todo. Absolutamente para todo, Archie. ¿Sí?

—Sí…

—Está bien —sonrió amistosamente Leopard—. Ahora, voy a decirte de qué modo has correspondido tú a esa muestra de absoluta amistad: estás estorbando mi trabajo; ese trabajo que, como tú, yo realizo con mis mejores deseos, con toda mi honradez y dedicación.

Leopard se quedó mirando a su amigo en silencio. Archie se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué… qué quieres saber?

—Dime qué persona te pareció que se drogaba en la quinta de los Perring.

—Nin… ninguna.

—Archie: estás hablando con Tony Leopard, no con un estúpido.

—Te digo que…, que ninguna. Ninguna persona se…, se droga en esa casa, que yo sepa.

De buena gana, Tony le habría roto la cara allí mismo a su buen amigo Archie. Pero supo dominarse y continuar fumando como si estuviese muy tranquilo.

—¿Quién es la chica? —preguntó amablemente.

—¿Qué…, qué chica?

—La que has llevado a la quinta. ¿Es Charlotte Perring?

—Sí… Sí, es ella.

—¿Qué le ocurría?

—Pues… nada. Nada.

—Oh, vamos, Archie…

—Bueno, ella…, ella había bebido un poco…, un poco de más.

—Ya… ¿Estaba en tu apartamento cuando subiste?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Eee… Doce horas, aproximadamente.

—Oh… ¿Y en doce horas has conseguido que ella te esperase en tu apartamento?

—¡No es lo que te figuras! —Se irritó Archie—. ¡Charlotte es una buena chica, y ella no…, no quería…!

—Archie, ¿te gusta la chica?

—Sí.

—¿Te has enamorado de ella?

—Sí.

—Estupendo. Me pareció muy bonita. —Leopard palmeó un hombro a Decelis—. ¿Te parece que la ayudemos?

—¿Ayudarla? ¿A qué?

—No lo sé exactamente… Pero me huelo que Charlotte Perring

está necesitando ayuda. Cualquier morfinómano precisa siempre una buena ayuda.

—¡No te las des de listo, Tony! Charlotte es…, es una muñequita encantadora… ¿Por qué tendría que tomar drogas? ¡Déjame en paz de una maldita vez…, y déjala en paz a ella! ¿Está claro?

Leopard se quedó mirando atentamente al buen Archie, conteniendo una sonrisa. Podía ser un genio como contador pero, ciertamente, habría dejado mucho que desear como agente capaz de desempeñar papeles de espía, de ladrón, de cómico, de estúpido, de vivales…

Tiró el cigarrillo por la ventanilla.

—Está clarísimo. Te llevaré a tu apartamento.

Puso el coche en marcha de retroceso, girando mucho el volante. Dio la vuelta al coche, enderezó el volante y enfiló North Bay Causeway, recto hacia Miami. Allá, la North Bay Causeway se convertía en la North East 79th Street. Por ésta, llegaron a Biscayne Boulevard y, descendiendo, hasta el cruce con la N. E. 69…

Tony Leopard detuvo el coche delante del Edificio donde Archie tenía su apartamento. El «T-man» se apeó, pero se volvió para mirar al «G-man».

—¿Vas a continuar vigilándome?

—Es posible, Archie.

—Perderás el tiempo.

Leopard sonrió secamente y encogió los hombros. Decelis se apartó del coche y se dirigió hacia el vestíbulo del edificio… El gran cristal de la puerta central de éste saltó en pedazos y, en seguida, uno de los laterales…

—¡Al suelo, Archie!

El «T-man» se estaba volviendo, desconcertado, justo en el momento en que Leopard, gritando esto, saltaba ya del «Cadillac» con su pistola en la mano, hacia la acera… Y justo también en el momento en que algo pasaba junto a su cara, lanzándole como un golpe de aire caliente, un zumbido…

La tercera bala rebotó contra la pared y se alzó con un agudo

tañido de plomo vibrante. Decelis estaba ya en el suelo, a gatas, cuando sucedía esto. Por delante de él vio a Tony, tendido en el suelo y haciéndole señas de que se acercase… Y más adelante, en la esquina de Biscayne y la Sesenta y Nueve, vio el fogonazo… La bala dio en la trasera del «Cadillac», que emitió un sonido como de campana enorme…

Decelis gateaba frenéticamente hacia el coche, buscando su protección, en el mismo momento en que Leopard la abandonaba, para salir corriendo por la parte delantera, pistola en mano, hacia la esquina.

El «T-man» se arrastró hasta ver a su amigo corriendo a toda velocidad por la calzada, en zig-zag, hacia la esquina. La gente miraba con curiosidad hacia él, y algunos coches tuvieron que efectuar un brusco frenazo para no atropellarlo.

—Tengo que ayudarlo…

Archie se puso en pie y corrió en pos de Leopard. Cuando llegó a la esquina, Tony estaba allí, inmóvil, mirando hacia todos lados, sin hacer caso del sobresalto de las personas que miraban su pistola y se apresuraban a apartarse precipitadamente. Cualquiera de aquellas personas podía ser la que buscaba. Cualquiera de los numerosos coches podía ser el que conducía la persona que había querido matar a Archibald Decelis.

—¿Lo…, lo has visto? —jadeó éste.

Leopard le miró furiosamente.

—¿Qué haces aquí?

—Yo…, yo…

—Regresamos. Es imposible perseguir a nadie en Biscayne Boulevard.

Se metió la pistola con rabia en la funda y dio media vuelta. Delante del edificio donde vivía Decelis había ya numerosas personas y un policía uniformado. Leopard fue hacia él, le mostró su tarjeta del F. B. I. y le pidió que hiciese circular a los curiosos.

Luego se quedó mirando a Decelis, el cual contemplaba el picotazo de la bala en la carrocería del «Cadillac».

—Por esta vez has tenido suerte —dijo secamente Leopard—. Ya veremos la próxima.

—¿Tiraban… contra mí?

—No: contra tu abuela. Me pregunto qué es lo que sabes, Archie.

—Nada…, nada que pudiese aclarar esto.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien estudie eso?

Decelis movió negativamente la cabeza. Leopard renegó algo por lo bajo. Por fin, sacó la pistola y se la tendió a su amigo.

—Dada tu actitud, es todo lo que puedo hacer por ti. No vaciles en usarla. Ésta no tiene silenciador, pero te aseguro que funciona perfectamente.

—Pero…, ¿y tú?

—Yo tengo un arsenal completo. Cambio de pistola como de camisa.

—No es cierto. Sé muy bien que ésta es tu pistola de siempre, y que…

—Quédatela. Conseguiré en seguida otra. Adiós… y buena suerte.

Se metió en el «Cadillac» y se alejó.

CAPÍTULO V

Oyó cerrarse las cortinas y la luz del sol cayó bruscamente sobre él. Sobresaltado, se sentó en la cama, metiendo la mano bajo la almohada.

—La tengo yo.

Tony Leopard estaba junto al ventanal, señalándole con el pulgar por encima del hombro. En la otra mano tenía la pistola.

—¿Por qué no te compras una persiana moderna?

—¿Cómo has entrado aquí? ¡Estoy seguro de que cerré!…

—Tengo mis medios —sonrió el
«G-man»
—, que, más o menos, son los que deben tener otras personas. Eres un auténtico angelito, Archie.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana.

Decelis quedó boquiabierto.

—¡Oye!… Me dormí a las tres, entre unas cosas y otras. ¡Y ahora vienes tú, cuando sólo llevo cuatro horas de sueño…!

—Yo no llevo ninguna. Vístete. Vas a venir conmigo.

—¿No…, no has dormido esta noche?

—Ni un segundo. Soy un juerguista empedernido. Tía Minnie me las va a cantar claras cuando me vea.

—Pero…, pero ¿por qué no has dormido?

—Encontramos tu coche.

—¿Dónde?

—En Carol City, cerca del «Tropic Aiport», en la North West Rairoad Drive… ¿Te dice algo eso?

—No… De veras, Tony.

—Vístete. Tienes que identificar el coche.

—Está bien…

Se vistió a toda prisa, tras asearse en dos minutos, con afeitado incluido. Cuando se estaba poniendo la chaqueta, Leopard le metió la pistola en un bolsillo interior y luego se lo quedó mirando.

Pareció consternado.

—Lamentable —musitó—. Te recomendaré a mi sastre y verás cómo podrás llevar un cañón sin que se note.

—No soy un hombre de pistola, Tony. Tú lo sabes.

—Pero eres muy cabezota. Vámonos.

* * *

A las siete y veinticinco, el «Cadillac» se detenía ante el «Justice Building», en el 3801 de Biscayne Boulevard, a la altura de la calle Cuarenta Nordeste, en la gran explanada.

—Pero… ¿por qué me traes a la Delegación, Tony?

—Tenemos el coche atrás.

—Creí que aún estaría en Carol City…

—Nos pareció conveniente traerlo. Vamos a verlo.

Se apearon y fueron los dos al «*parking*» del Departamento de Justicia. Archie vio su coche antes de que Leopard se lo señalara. Lo señaló, fueron ambos hacia allá, saludaron al agente de vigilancia y Decelis dijo:

—Sí. Es el mío.

—¿Seguro?

—Claro…

—Mira a ver si te falta algo. Mira también en el portamaletas de atrás.

Decelis examinó rápidamente el coche. No. No faltaba nada… Todo parecía estar bien.

Leopard esperó a que terminase. Entonces alzó él la tapa del portamaletas y señaló el piso de éste.

—¿Ves algo raro ahí, Archie?

Decelis vio unas manchas no demasiado grandes y como difusas.

—Sí… Bueno, no sé… Parecen manchas.

—Son de sangre. Ven conmigo.

Decelis tuvo que apretar el paso para acompañar a Leopard. Los dos entraron en el edificio, subieron escaleras, recorrieron pasillos y, finalmente, Leopard entró en un despacho sin llamar. Un

muchacho rubio de hombros anchos y mirada inteligente los miró y sonrió al ver a Leopard.

Éste preguntó:

—¿Está?

—Llegó hace un par de minutos.

De nuevo abrió Tony otra puerta, y cuando Decelis vino a darse cuenta estaba en el despacho del inspector Gordon, que estaba examinando unas fichas. Alzó la cabeza, miró a Leopard y musitó:

—Tenías razón, Tony.

—¿Puedo verlas?

Gordon le tendió las cartulinas. Eran tres. Tony Leopard les echó un rápido vistazo y asintió con la cabeza. Se volvió hacia Decelis y colocó las fichas ante sus ojos.

—Una de ellas describe el tipo y características de la sangre de Alfred Rotella, de acuerdo a la ficha que se le formó cuando estuvo detenido. La otra, especifica el tipo de sangre, y también sus características, de la que empapaba el pañuelo que tú nos proporcionaste. La tercera, es una prueba obtenida de la sangre que hemos hallado en el portamaletas de tu coche.

—¿Y…?

—Toda es la misma sangre.

Archie Decelis parpadeó.

—Creo que no entiendo…

—Lo entiendes perfectamente. El resumen de todo esto es que, ahora, sabemos con toda seguridad que el cadáver de Alfred Rotella ha estado en el portamaletas de tu coche. Fue metido allá, alejado por este medio de la quinta de los Perring y tirado en cualquier lugar. Quizá en el mar. Pero lo encontraremos, Archie.

—¿Qué ganaremos con ello?

—Nunca se sabe. Anoche, después de subir tú a tu apartamento, yo regresé allá. Encontré dos de las balas que te dispararon, las que rompieron los cristales y entraron en el vestíbulo del edificio. Esas balas están ahora en Balística, esperando que encontremos el cadáver de Rotella para comprobar si las que él tiene en el cuerpo son iguales.

—Con lo cual sabríamos que quien disparó anoche contra mí es la misma persona que mató a Rotella. ¿Es eso?

—Exactamente.

—Bien…

—Hay otra cosa. Sabemos por qué te robaron el coche.

—¿Sí?

—Llevabas el cadáver dentro. Alguien lo metió en el portamaletas, esperando la ocasión de deshacerse de él. Debieron seguirte hasta mi casa, y cuando entraste, ellos, ella, él, o quien sea, se llevaron tu coche y el cadáver.

—Yo…, yo creo que esto es una tontería.

—Oh… —sonrió Leopard—. Bueno, te escuchamos. ¿Cuál es la tontería?

—Meter el cadáver en mi coche. Podían haberlo escondido en otros mil lugares mucho más seguros.

—Cierto. Pero lo que más interesaba al asesino era llevarse el cadáver.

—Pero ¿por qué en mi coche?

—Quizá no tenía otro disponible.

—Absurdo… Todas las personas que había anoche en la quinta de los Perring tienen un coche…, por lo menos.

—Entonces, ¿tú crees que fue alguna de aquellas personas quien mató a Rotella?

—¿Qué quieres decir?

—¿No admites la posibilidad de que fuese alguien que no entraba en el programa de la fiesta?

Decelis se mordió los labios.

—Te estás burlando de mí —musitó.

—Sólo un poquito, Archie. Efectivamente, no es probable que fuese una persona ajena a la fiesta. Tal persona podía haber matado a Rotella en cien sitios distintos… ¿Por qué esperar a que llegase a la quinta de los Perring?

—Tú ya…, ya tienes tu propia teoría sobre lo sucedido, ¿no?

—Así es. Escucha. Alfred Rotella era un «pusher», un… distribuidor de drogas. Va a la casa de los Perring a entregar su mercancía, o a cobrar, o a algo relacionado con estupefacientes, por supuesto. La persona que se entrevista con él lo mata. No podemos ni siquiera imaginar cualquiera de los mil motivos, por el momento. Ni vienen al caso ahora precisamente. Lo cierto es que mata a Rotella, lo deja en el Banco, sentadito, y se va a buscar un medio para llevárselo de allí y hacerlo desaparecer. De no haber sido por

ti, esa persona podría estar absolutamente tranquila, ya que, aunque se encontrase pronto el cadáver de Rotella, no se le relacionaría en este asunto. Pero tú ves el cadáver. El asesino te golpea, se lleva el cadáver…

—¿Por qué no me mata a mí, que soy un testigo del crimen?

Leopard sonrió secamente.

—Porque dos cadáveres son demasiados para transportar en un coche, quizá. O porque no cree tener tiempo u oportunidad de hacerlo. Te deja vivo… para más adelante. ¿Acaso no quisieron matarte anoche?

—Sí…

—Pues ya está. Lo más urgente entonces era llevarse el cadáver de Rotella.

—Está bien, está bien… Pero ¿por qué en mi coche, si cada uno tenía el suyo?

—Quizá se confundió.

—¿Confundirse de coche? Oh, vamos, Tony, eso es…, eso es… absurdo.

—Eso me parece a mí. Por tanto, se puede pensar que usaron tu coche a propósito. Lo cual sería tanto como decir que sabían que anoche iba a morir Rotella y que necesitarían un coche ajeno para transportarlo, a fin de que el del asesino no se manchase de sangre o quedase cualquier otro tipo de huella en él. Lo metieron en tu coche, te siguieron con el propósito de robártelo, lo hicieron, tiraron por ahí el cadáver, abandonaron el coche… y luego fueron a matarte, por haber visto el cadáver. ¿Quién te invitó a esa fiesta?

—Eee… Ronald Perring. ¿Sugieres que me invitaron sólo para utilizar mi coche sin que yo me diese cuenta, usarlo en el transporte de Rotella, al cual sabían que tenían matar anoche, luego devolvérmelo sin que yo me hubiese enterado… y aquí no ha pasado nada?

—O eso, o una confusión de coche. Y me parece más absurdo lo de la confusión, Archie.

—¡Pues escucha esto! ¡Si estás dando a entender que Charlotte Perring tiene algo que ver en esto!, te… ¡Dios mío!

Archie Decelis quedó súbitamente pálido, con los ojos muy abiertos, fijos en un punto incierto.

Leopard lo miró esperanzado.

—¿Qué ocurre, Archie?

—El coche… Aquel coche… ¡Tony, había allá un coche exacto al mío!

—¿Estás seguro? —se excitó Leopard.

—¡Claro! ¡Un «Falcon» rojo, igual que el mío! Recuerdo…, recuerdo que me agradó eso, porque…, porque… Bueno, me pareció que si ya había otro igual, el mío no desentonaría tanto entre los otros más lujosos…

—Eso está mucho mejor —musitó el inspector del

F. B. I.

—. Confunden el coche de Decelis con el otro y por eso le meten el cadáver en el portamaletas. ¿De quién es el otro «Falcon» rojo, Decelis?

—No lo sé…

Tony Leopard estaba ya junto a la puerta, que abrió de un tirón.

—En marcha, contador. Hasta luego, jefe.

* * *

Al parecer, Ronald Perring no estaba acostumbrado a recibir visitas a las ocho cuarenta de la mañana. Apareció en el «*living*» envuelto en una bata muy seria y elegante, pero muy descompuesta la figura y con los ojos cargados de sueño insatisfecho.

Los miró a los dos y, finalmente, su mirada quedó fija en Archibald Decelis.

—Oh, Decelis… Usted es un buen muchacho. ¿Puede explicarme qué está pasando?

—Señor Perring, lamento…

—Diga lo que sea. En todo momento estaré en deuda con usted.

—Bien… Esto… Le presento a Tony Leopard, agente especial del

F. B. I.

—¿Del…? ¿De veras?

Tony consiguió una de sus sonrisas de tigre manso.

—Imagino que usted aborrecerá al

F. B. I.

a partir de ahora, señor Perring.

—No se preocupe. ¿De qué se trata?

—Sólo queremos saber si usted conoce al propietario de un coche marca «Falcon» rojo, de mando automático.

Perring se rascó las greñas y se dejó caer en un sillón.

—Por supuesto, lo conozco.

—¡Bien! ¿Quién es?

—Gary Hartman, uno de mis socios.

Leopard se desconcertó. Miró a Decelis, quien se sintió de pronto en su ambiente.

—El señor Perring tiene dos socios: Cecil Gibson y Gary Hartman. Los tres sostienen a partes iguales la Compañía. Pagan sus impuestos con absoluta honradez, quedándose, anualmente, un beneficio que se aproxima al millón de dólares.

—¿Entre los tres?

—No, no… Un millón para cada uno.

—Caaa… ramba. No debe ser un mal negocio, ¿eh?

—Todo está en orden, Tony.

—Claro, hombre… A ti te puede engañar un niño…, pero no precisamente en cuestiones de números. ¿Dice usted, señor Perring, que ese coche rojo, marca «Falcon», pertenece a Gary Hartman, uno de sus socios?

—Sí.

—Bien… Naturalmente, el señor Hartman estuvo invitado anoche a su fiesta.

—Por supuesto. Pero no vino.

—¿No? ¿Por qué?

—Gary se disculpó. Realmente, yo ya sabía que no vendría, ya que está indispuesto. Sin embargo, claro está, le envié una invitación… Oh, por teléfono, se entiende. Entre Gary y yo sobran formalidades.

—Entiendo eso. Dice usted que el señor Hartman no estuvo anoche en su casa.

—Está enfermo.

—Ya… Sin embargo, señor Perring, el coche de su socio sí estuvo en la fiesta, en su casa. ¿Cómo explicaría usted esto?

Ronald Perring estuvo unos segundos rascándose la pelambrera.

—Lo prestó a alguien.

—Okay. ¿A quién?

—No lo sé.

—Haga un esfuerzo, señor Perring, por favor…

—Es Inútil. No voy a discutirle a usted si el coche de Gary

estuvo o no estuvo aquí anoche. Pero ni que me matasen conseguiría recordar si alguien llegó en ese coche, o se marchó en él.

—¿Todos sus amigos tienen coche?

—Naturalmente.

—De manera que es poco probable que le pidiesen prestado el suyo a Gary Hartman… ¿Exacto?

—Exacto. Pero cualquier coche puede sufrir una avería. En tal caso, más práctico que alquilar un coche, o comprar otro nuevo, es pedir prestado el de un amigo que sabemos no va a utilizarlo.

—Entiendo que cualquiera de sus invitados de anoche pudo conseguir prestado el coche del señor Hartman.

—Desde luego.

—¿Puede usted darme una lista de sus invitados de anoche, señor Perring?

—Claro.

Tony Leopard sacó de un bolsillo interior una diminuta libreta en cuyo lomo estaba encajado un no menos diminuto bolígrafo de tinta roja. Anotó todos los nombres, se guardó la libreta y sonrió.

—Siento mucho haberle molestado, señor Perring. Está claro que le agradezco mucho su cooperación.

—Ojalá le sirva de algo. ¿Qué está ocurriendo?

—Nada importante.

—Bien… —Perring se puso en pie—. En ese caso, supongo que puedo regresar a mi confortable lecho.

—Y que usted descanse —casi rió Leopard.

—¿Cómo… cómo está Charlotte? —preguntó Archie.

—Bien. Durmiendo, supongo. Espero tener una interesante conversación con ella esta misma mañana. Adiós, señores.

—Adiós…

Cuatro minutos después, Leopard y Decelis entraban en el «Cadillac».

Decelis suspiró y dijo:

—¡Bueno…! Parece que todo va encajando, ¿no, Tony?

Leopard le dirigió una hosca mirada. Encendió un cigarrillo y, de pronto, accionó la radio de montaje particular de su coche. Segundos después estaba al habla con el inspector Gordon.

—Jefe, soy Tony.

—Conozco tu voz, calamidad. ¿Y bien?

—Tengo el nombre del propietario del «Falcon» rojo idéntico al de Archie Decelis. Ha sido muy fácil.

—¡Santo Dios! ¿Quién es?

—Gary Hartman, uno de los socios de Ronald Perring, el padre de la chica alegre.

—Un hombre desafortunado… ¿Tienes su dirección?

—El setenta y ocho de Irvington Avenue, Coral Gabies.

—Está bien. ¿Equipo completo?

—Supongo que sí.

—De acuerdo. Yo iré con ellos. Hasta ahora.

—Nos vemos, «cuate»…

Cortó la transmisión. Archie lo estaba mirando con la expresión de quien no comprende nada.

—Tony, no entiendo…

—Descansa. Tu genial cerebro matemático necesita mucho reposo. Papá Tony irá arreglando las cosas, ya verás.

—¿Qué… qué es lo que hay que arreglar?

—Mucho me temo que no podremos arreglar nada.

* * *

Zapatero, a tus zapatos.

Si Tony Leopard decía que temía no poder arreglar nada, pues eso: es que nada podía arreglarse. A un cadáver se le puede poner un poco de color en los pómulos, conseguirle una sonrisa más o menos siniestra, y afeitarlo. Pero de ahí no se pasa. Después de todo eso, sigue siendo un cadáver.

El cadáver de Gary Hartman no había sido afeitado, ni se le había procurado una sonrisa puramente facial, ni tenía color en los pómulos.

No, señor.

Estaba sentado en su cama, con los ojos abiertos, y dos balazos sobre el corazón. El pijama había sido incrustado en la carne por los dos plomos.

Eso era todo.

En la puerta del dormitorio estaba la sirvienta. Al principio, había intentado impedirle el paso a Leopard, asegurando que el señor Hartman estaba muy enfermo, y que no podía recibir a

nadie…, absolutamente a nadie.

Mentira.

El señor Gary Hartman había tenido una visita aquella noche, por lo menos: la de su asesino. Cómo y por dónde había entrado el asesino, era ya problema de larga discusión. Pero lo cierto era que había entrado. ¿Prueba irrefutable?: el cadáver.

Leopard soltó la muñeca del cadáver y se volvió hacia la sirvienta, que parecía a punto de desvanecerse.

—¿Tiene *whisky*? —preguntó.

—S-s-sí… Sí, señor…

—Vaya a tomarse un buen trago. Luego, espere en la puerta la llegada de mis amigos. Y no les vaya a contar el cuento de que nadie puede entrar a ver al señor Hartman… Como usted ve, ya tuvo su última visita.

—Sí… Sí, señor…

La muchacha desapareció rápidamente. Decelis se acercó a Tony Leopard y le tiró de una manga.

—Tony…

—¿Qué hay?

—¿Tú… tú sabías que habían matado a Hartman?

—¿Dos y dos?

Decelis se desconcertó.

—¿Qué…? ¿Qué dices…?

—Adelante, Gran Einstein: ¿dos y dos?

—Pues… Cuatro, ¿no?

—¡Sobresaliente! Ahora dime una cosa: matan a un tipo llamado Rotella, tú ves el cadáver, meten ese cadáver en el coche, intentan matarte a ti y luego resulta que confundieron tu coche con otro coche que fue prestado. Naturalmente, el propietario del coche sabe muy bien a quién se lo prestó. ¿Dos y dos?

—El… el asesino de… de Alfred Rotella quiso matarme a mí y… y ha matado a Gary Hartman, para que no diga que le prestó el coche a él.

—O sea, cuatro.

—Tony, no es posible… Podemos saber en seguida a quién prestó el coche Gary Hartman…

—¿Sí? ¿Cómo?

—Pues…, pues preguntando a todos los invitados a la fiesta de

anoche. Tú tienes la lista. Los visitamos, les preguntamos cuál de ellos usó el coche de Hartman y…

—Y te lo van a decir a ti. Archie, voy a hacer una cosa: sugeriré a Washington que te envíen a Quántico a recibir un período de enseñanza.

—¡Pero alguien usó el coche de Hartman!

—¡Claro que sí! Pero nadie va a admitirlo. Todos dirán que fueron con su coche, y la única persona que podría contradecir al asesino está muerta; me refiero a Hartman, claro está. ¿Cómo saber cuál persona no miente, en un grupo de veinte? Todos dirían que no utilizaron el coche. Unos, porque sería verdad. Y el que lo utilizó también lo negaría, porque sabe que admitirlo sería tanto como declararse asesino de Hartman… Y, por consiguiente, de Rotella. Y como propina, tendrá que admitir que quiso matarte a ti… ¿Por qué utilizarías tú un coche ajeno, Archie?

—No te entiendo…

—Supongamos que vienes a pedirme prestado mi «Cadillac»… ¿Por qué lo harías?

—Mmm… No sé… Quizá porque mi «Falcon» estaba averiado…

—Volvemos a eso. El asesinato de Rotella fue algo… improvisado, y tuvieron que actuar a toda prisa para librarse de él… Recurrieron al coche que habían pedido prestado y lo confundieron con el tuyo. Ahora bien, Ronald Perring asegura que todas las personas que acudieron anoche a su fiesta tienen coche… Entonces sólo se trata de saber cuál de esas personas tenía el coche en un taller de reparación, motivo por el cual le pidió Hartman prestado el «Falcon». ¿Correcto?

—Ése será un trabajo duro, Tony.

—A lo mejor tú crees que los
«G-man»
sólo tienen que tomar el sol, por todo trabajo. Sólo necesitamos un punto de partida y…

Oyeron rumor de voces en el piso bajo. Poco después, el inspector Gordon hacía su aparición, al frente de un grupo completo de investigadores del
F. B. I.
Gordon se acercó al cadáver, lo miró, hizo una seña y mientras sus hombres empezaban a tomar fotos y huellas, se acercó a Leopard y

Decelis.

—Era de esperar —mascculló, como saludo—. ¿Alguna pista, Tony?

—No. No demasiado clara, al menos.

Permanecieron silenciosos mientras los demás se dedicaban a su trabajo. Finalmente, el forense se acercó a ellos, con el gesto de quien está harto de ver cadáveres.

—¿Y bien? —inquirió Gordon.

—Hacia la una de la madrugada. Concedamos media hora de margen en ambos sentidos: doce y media o una y media.

—De acuerdo. Llévenselo para la autopsia. Quiero las balas… Y que las lleven a Balística para compararlas con las que Tony recogió anoche en el domicilio de Decelis.

El forense frunció el ceño.

—Hay algo más —musitó.

—¿Qué es ello?

—Ese hombre se drogaba.

Leopard y Gordon cambiaron una rápida mirada.

—Esto va encajando… —murmuró Gordon—. Vamos a ver eso.

El forense les señaló los pequeños puntitos rojos en ambos brazos. Los dos hombres del F. B. I. los conocían demasiado bien para que la cosa admitiese demasiadas dudas. Leopard miró de reojo a Decelis y lo vio pálido, como derrotado.

—Eso son pinchazos de la jeringuilla con la cual Gary Hartman se inyectaba la morfina, Archie… ¿Estás seguro de que no has visto otros pinchazos iguales en… otros brazos?

—No sé…

—¡Lo sabes! ¡Y yo también lo sé, y te voy a dar un disgusto si no te pones decididamente de mi parte!

—Te digo que no he visto pinchazos como ésos en ningún brazo, Tony. Te lo juro.

El «G-man» se quedó mirando fijamente a su amigo. O él estaba loco, o Archie Decelis no estaba mintiendo ahora. Lo conocía muy bien. Y por eso mismo, a pesar de saber que Decelis no mentía, supo que había

todavía algo raro en la actitud del
«T-man».

—Está bien —suspiró—. Los dos sabemos que estás actuando de un modo improcedente, Archie. Y los dos sabemos también que yo voy a llegar a descubrir toda la verdad.

—Estoy…, estoy seguro de eso, Tony.

Gordon miró significativamente a Leopard, y éste asintió con la cabeza.

El inspector dijo al forense:

—Lo dicho: quiero la autopsia, y la plena seguridad de que se drogaba. Supongo que podemos saber exactamente con qué lo hacía y en qué cantidades. Que se lleven ya el cadáver y… a trabajarlo.

El forense asintió con la cabeza.

—Muy bien.

Sé llevaron el cadáver. Casi en seguida, el portavoz del equipo de Huellas se acercó a Gordon.

—¿Hay?

—A montones —encogió los hombros el agente—. ¿Para cuándo?

—Inmediatamente.

—Bueno.

Cinco minutos más tarde, Gordon, Leopard y Decelis estaban solos en el dormitorio, los tres silenciosos, cada uno sumido en sus propias reflexiones.

El timbrazo del teléfono los sobresaltó a los tres. Leopard fue el más rápido, atendiendo al auricular.

—Hola —farfulló.

—Gary, soy Cedí. Anoche no recibí… ¿Eres tú, Gary?

—Sí —dijo Leopard con voz velada.

Clic.

Tony se quedó mirando furiosamente el auricular. Lo colocó en el soporte de un manotazo, y se volvió hacia Gordon y Decelis.

—¿Quién era? —preguntó Gordon.

—Un tal Cedí… Cecil… ¡Un momento!

Sacó su diminuta libreta y la hojeó rápidamente, hasta llegar a la página en la cual había anotado los nombres de los invitados a la fiesta de los Perring la noche anterior.

—Aquí está… Cecil Gibson… ¿Lo conoces, Archie?

—No personalmente. Pero sé que es otro de los socios de Ronald Perring.

Leopard hizo chascar dos dedos.

—¡Tiene que ser él! ¡Él ha llamado! ¡Vamos a visitarlo! ¡De todos modos, está en la lista…!

CAPÍTULO VI

Cecil Gibson vivía en una casita de dos pisos en Miami Shores, en la 95th Street. Era casi una quinta, bien cuidada y confortable.

Cuando los tres llegaron allá, Gibson estaba ya vestido de calle y parecía dispuesto a abandonar su domicilio. Gordon le mostró su tarjeta del
F. B. I.
y presentó a su agente Leopard y a Archie Decelis, del Tesoro.

Gibson estaba visiblemente nervioso.

—Bien… ¿En qué puedo servirles?

—Esta noche han asesinado al señor Hartman, señor Gibson.

Gary Gibson palideció bruscamente.

—¡No!

—Es cierto, se lo aseguro. Le han disparado dos balas al corazón. Creemos que murió instantáneamente… Pero sabremos muchas más cosas cuando se le haya practicado la autopsia.

Gibson se dejó caer en un sillón y se pasó una mano por la frente.

—Yo…, yo… No sé, no entiendo… ¿Qué quieren de mí?

—Colaboración.

De pronto, Gibson los miró alarmado.

—¡No estarán sospechando de mí! —exclamó.

Fue Leopard quien contestó.

—Desde luego que no, señor Gibson. Si usted hubiese matado a su socio Gary Hartman, no lo habría llamado hace unos minutos y colgado cuando comprendió que no era él quien estaba al teléfono… Hubiese continuado hablando, para prepararse una buena coartada al simular creer que Hartman continuaba vivo.

—No…, no le entiendo… Yo no he llamado a Gary…

—Lo llamó. Y dijo exactamente: «Gary, soy Cedí. Anoche no recibí… ¿Eres tú, Gary?». Y cuando yo contesté que sí, forzando un poco la voz, usted se dio cuenta de que no era Hartman y colgó.

—Usted…, usted está loco.

—Tenga cuidado con lo que dice, señor Gibson —advirtió Gordon.

—¡Yo no he llamado a Gary!

—Persistir en su mentira me parece estúpido, señor Gibson —refunfuñó Leopard—. Usted lo llamó y eso es todo. Ahora, dígame: ¿qué es lo que no recibió usted anoche? ¿Morfina?

—¡No! ¿De qué… de qué está usted hablando?

—Está usted muy excitado, señor Gibson.

Éste se puso en pie de un salto.

—Yo… yo tengo que irme ahora…

—¿A buscar morfina?

—¡Déjeme en paz!

Gibson quiso marcharse, rebasar a Tony Leopard. Pero éste lo agarró por el cuello de la chaqueta, reteniéndolo.

—Usted es el loco… —siseó—. Usted, y Hartman, y todos los que se drogan. ¿No quiere entender que ahora estoy peleando a su favor, señor Gibson?

—¡Déjeme marchar!

—Es inútil. Si va a buscar a Alfred Rotella, sepa que murió anoche… de dos balazos, como Gary Hartman.

Fue visible el desconcierto de Gibson.

—¿Rotella? —musitó.

—AI Rotella, un «pusher».

—¡No conozco a ningún Rotella! ¡Y ahora déjeme marchar de una vez o…!

—Dígame adónde va a buscar la droga, señor Gibson. Nosotros haremos esa visita.

—¡Le digo que me suelte…!

Gibson dio un tirón, pretendiendo soltarse. Como no lo consiguiera, intentó desasirse por el método de golpear a Leopard. Éste paró fácilmente el golpe con una mano, soltó la otra del cuello de la chaqueta de Gibson y la hundió en el estómago de su flojo contrincante, que se dobló sobre sí mismo, angustiado; un cruzado al mentón, más bien suave, le hizo dar dos vueltas, dos giros

rápidos y caer sentado en el sillón que había ocupado antes.

Leopard saltó hacia él, sin hacer caso de la advertencia de Gordon:

—¡Tony, ten cuidado: estás sobrepasando los límites!

El «G-man» estaba quitándole la chaqueta a Gibson, a la fuerza, mientras éste chillaba y pataleaba, en vano esfuerzo por impedirlo. Por fin, la chaqueta fue arrojada a un lado por Leopard, quien subió de un tirón una manga de la camisa de Gibson, y señaló los puntitos rojos en el brazo.

—¡Lo demandaré! —chillaba Gibson—. ¡Los demandaré a todos ustedes…!

—Hágalo… —jadeó Leopard—. Y en el juicio usted explicará qué significan estos pinchazos, Gibson.

Éste pareció deshincharse de pronto. La cabeza cayó blandamente sobre el pecho. Se quedó inmóvil, vencido ya.

Leopard se enderezó.

—Está usted detenido, señor Gibson, por consumo de estupefacientes. Aunque lo dude ahora, le estamos haciendo un favor: será enviado a una clínica, donde se le curará el vicio…, si usted coopera. ¿Me está oyendo?

Gibson alzó lentamente la cabeza.

—Sí… Le estoy oyendo…

—Veo que se ha calmado… ¿Cuánto hace que le falta la droga?

—Toda…, toda la noche…

—Entiendo… ¿Quién debía traérsela? ¿Rotella?

—No conozco a nadie que se llame así.

—De acuerdo. ¿Quién tenía que traérsela entonces?

Cecil Gibson miró a todos lados, acorralado, pasándose la lengua por los labios.

—No…, no lo diré…

Leopard inició una actitud irritada, pero Gordon se adelantó, encarándose con Gibson.

—Magnífico, señor Gibson —ironizó duramente—. Está usted en contacto con una persona que está arruinando todo cuanto tiene usted de humano, lo está convirtiendo en una bestia, le debe estar sacando el dinero a chorro…, y lo que le parece a usted conveniente

es proteger a ese hombre. Le compadezco, de veras.

—No…, no lo diré…

—¿Sabe usted lo que es un «pusher», señor Gibson? Al Rotella lo era. Pero a su vez, sin duda, proveía de drogas a otra persona introducida en el ambiente social de usted, la cual persona, al distribuir esas drogas, se convertía a su vez en un «pusher»… ¿Sabe lo que es un «pusher»? Es un tipo que, con tal de ganar unos cuantos dólares, es capaz de venderle marihuana a un niño de diez años, o cocaína a un adolescente… ¿Lo entiende?

—Sí… Sí…

—Ese hombre, por el momento y según parece, les ha estado proporcionando drogas a usted y a Gary Hartman. Pero se empieza así y se acaba vendiéndola a niños, o enfermos, o ancianos… ¡Nada importa con tal de ganar dinero! ¿No va a decirnos quién es esa persona, señor Gibson?

Cedí Gibson pareció deshincharse de nuevo, en un profundo suspiro.

—Eugen Kurpita —dijo.

Los tres federales también suspiraron.

—¿Quién es ese Kurpita? —preguntó Gordon—. ¿Dónde vive?

—Leopard sacó de nuevo su libreta.

—Estuvo anoche en el «party» de los Perring. Vive en Coral Gables.

—Y es el hombre de confianza de Ronald Perring dentro de la Compañía —informó furiosamente Archie—. La Compañía tiene tres socios principales, que son Perring, Hartman y Gibson. Kurpita es un alto empleado con despacho propio… Una especie de gerente y secretario de Perring a la vez. Es decir, gerente de los intereses de los tres socios y ayudante personal de Perring.

—Entiendo… Bien: según parece, el señor Kurpita quiere más dinero del que gana en la Compañía. ¿Cuánto le está costando a usted la morfina, señor Gibson?

—Mucho…

—¿Cuánto?

—No… no pago en dinero…

—¿Qué dice…? ¿Con qué paga entonces?

—Con acciones de la Compañía.

—¿Quiere decir que Kurpita le proporciona la morfina a cambio

de acciones, no de dinero en metálico?

—Así… así es…

—Vaya… De este modo, qué duda cabe, llegaría el día en que Eugen Kurpita sería un socio importante de la Compañía… ¿Ocurría lo mismo con el señor Hartman?

—Sí…

—Los dos pagaban la morfina con acciones. ¿Por qué no se negaron?

—Lo… lo hicimos… Pero entonces, Kurpita dijo que o le pagábamos en acciones, o no habría más morfina. Nosotros… Gary y yo no sabíamos… Nunca… nunca habíamos tenido tratos con nadie que estuviese metido en esto y… y accedimos.

—Entiendo… ¿Fue Kurpita quien los vició?

—Sí.

—¿Cómo ocurrió?

—No sé… Una noche salimos los tres: Gary, Kurpita y yo… Kurpita conocía unas chicas y Gary y yo queríamos… echar una cana al aire, y… ¡No lo sé, no lo recuerdo! Solo… sólo recuerdo que al día siguiente, yo… yo pedí más de «aquello» a Kurpita, y él me dijo que era muy caro… Pagué. Primero en dinero, sí… Pero en seguida empezó a pedir acciones y… y Gary y yo fuimos pagando en acciones, claro… Ya no podíamos… pasar sin la droga…

—Sabemos lo que ocurre en estos casos —musitó Gordon—. ¿Anoche no le entregó Kurpita la morfina en la quinta de Perring?

—No…

—¿Por qué?

—No sé… Ocurrió algo, no sé el qué…

—¿Mató usted a un hombre anoche, en la quinta de Perring?

—¡Claro que no!

—Señor Gibson: tenemos motivos para creer que ese hombre, que se llamaba Rotella, era quien, a su vez, proporcionaba la droga a Kurpita. Ahora bien, Rotella fue muerto. ¿No sabe usted nada de esto?

—No.

—Sería bueno que le hiciésemos una visita a ese Kurpita —dijo Leopard—; seguro que él sí sabe algo. Naturalmente, usted no sabe a quién prestó su coche el señor Hartman anoche.

—No… No sé.

—¿Hay alguien más, aparte de usted y Hartman, que esté adquiriendo drogas de Kurpita?

—Que yo sepa, no. ¿Estoy… detenido?

—Desde luego —informó Gordon—. Y no tardando mucho comprenderá que esto es lo mejor que ha podido ocurrirle… ¿Cuántas acciones le sacó Kurpita?

—Muchas. Casi… casi todas. En estos momentos estoy… estoy poco menos que arruinado.

—Agradézcaselo a la morfina. Vamos, señor Gibson. Pasaremos a buscar al tal Eugen Kurpita. ¿Cree que estará ya en la Compañía, trabajando?

—Hoy es sábado.

—Oh, cierto… Entonces, es de esperar que lo encontremos en su casa… ¿Has dicho Coral Gables, Tony?

—Sí, jefe.

—Pues vamos allá.

Salieron los cuatro de la casa y se metieron en el coche, con Tony al volante. Todavía estaban en Miami Shores cuando llamó la radio. Leopard atendió en seguida:

—Leopard con el inspector Gordon.

—Tony, hemos encontrado a Rotella… ¿Me está oyendo el jefe?

—Sí. ¿Dónde lo encontrasteis?

—En «Municipal Docks», Pier uno. Un marino vio el cadáver sobre un madero que estaba flotando por allí. Rotella tenía una cuerda atada a los pies y, en la cuerda, un pedrusco enorme…

—Pasmosa casualidad… ¿El cadáver cayó sobre el madero?

—Es posible. Sin embargo, el marino tiene su propia opinión al respecto.

—¿Qué opinión?

—Dice que puede ser que el cadáver se hundiese, pero que quedase sobre el madero, que podía estar hundido, trabado con algo en el fondo del muelle. Quizá el mismo peso de Rotella, o algún movimiento que la caída de su cuerpo sobre el madero imprimió a éste, pudo librar al madero de su traba, con lo cual subió a la superficie con el cadáver de Rotella cruzado sobre él.

—¿Es factible eso? ¿Tú qué crees?

—Bueno… Parece que el madero lleva hundido totalmente algún tiempo.

—Está bien. Lo cierto es que hemos encontrado el cadáver. Está bien, Young.

—¿Venís o no?

Leopard miró a Gordon, y éste se hizo cargo de la conversación.

—Young, ¿dónde estáis?

—En Pier, uno, señor.

—Llevaos el cadáver a la Morgue; que le saquen las balas, si es que aún las tiene, y que las comparen en Balística con las que Tony recogió anoche en el domicilio del contador y, sobre todo, con las que hay en el cadáver que se han llevado para allá hace como una hora. ¿Entendido?

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Esperadme todos allí. Avisa a los demás que dejen de buscar a Rotella. Nada más.

—De acuerdo, señor. Hasta luego.

Gordon cortó la comunicación y se dejó caer en el asiento de atrás.

—A casa, Tony.

—¿No vamos a buscar a Kurpita?

—Déjalo correr un poco más. Quiero las pruebas de esas balas y una declaración escrita y firmada por el señor Gibson… Cuando le echemos la mano encima a ese Kurpita estará listo del todo…

—¿Y si no tiene la pistola de donde han salido esas balas?

—Alguien debe tenerla, ¿no?

—Muy bien, jefe: a la Delegación. Ya nos las veremos con Eugen Kurpita.

* * *

Por el ventanal de su relativamente modesta, pero linda casita, en el 120 de Avenida Alcázar, en Coral Gables, Eugen Kurpita estaba viendo en aquel momento el coche que acababa de detenerse ante la diminuta vallita.

Del coche se apearon cuatro hombres, que entraron inmediatamente en el jardín, con absoluta decisión, como quien está pisando terreno ocupado.

Kurpita palideció un poco. Corrió hacia el dormitorio y salió de éste, metiéndose una pistola provista de silenciador en un bolsillo interior, justo cuando sonaba el timbre de la puerta.

Fue hacia allí, controló su agitada respiración, buscó una sonrisa para su crispado rostro, y abrió la puerta.

—Bien venido, Pierce —saludó—. ¿Qué tal?

Pierce Ballew y sus tres hombres, Bledsoe, Joyce y Rudeen entraron sin mirar a Kurpita, que vaciló, cerró la puerta y los miró, consiguiendo conservar la sonrisa.

Ballew se dejó caer en un sillón del «*living-hall*» y se quedó mirando de hito en hito a Kurpita.

—¿Me esperabas? —preguntó amablemente.

—Pues..., no. Desde luego que no.

—Como no pareces muy sorprendido...

—¡Oh!, es que... os vi por la ventana.

—Ya... —Pierce Ballew hizo un gesto con la cabeza—. Joyce, míralo bien.

Joyce se adelantó hasta Kurpita y le pasó las manos por el tórax. Las detuvo en un punto, palpó mejor y, luego, metió una mano bajo la chaqueta. Sacó la pistola y la mostró a Ballew, que sonrió.

—De momento, guárdala tú, Joyce. Veamos qué tiene que decir el buen amigo Eugen.

Kurpita miraba de uno a otro como quien no comprende nada.

—Pierce —musitó—, ¿qué pasa? No entiendo...

—¿Dónde está Al?

—¿Al?

—Al Rotella. ¿No lo viste anoche?

—Claro...

—¿Lo viste?

—Naturalmente.

Pierce Ballew reflexionó durante unos segundos.

—Muy bien —murmuró al fin—: ¿dónde está Al ahora?

Kurpita parecía desconcertado.

—No sé... ¿No está contigo?

—Ya ves que no.

—Pero... Bueno, no entiendo... ¿Cómo quieres que yo sepa dónde está Rotella?

—¿Qué pasó anoche?

—¿Anoche? Pues... lo de siempre. Rotella fue a verme, me llevó la mercancía, le pagué, y se fue. Eso es todo.

La dura mirada de Pierce Ballew no se apartaba de los ojos de

Eugen Kurpita.

—Al no apareció con el dinero, Eugen. ¿Cuánto le diste?

—¡Demonios, Pierde, lo mismo de siempre! Diez mil. Es el precio que establecimos por el lote semana, ¿no es cierto?

—Sí. Pero también es cierto que Rotella no ha aparecido. Y el dinero, tampoco. Nosotros… pensamos que tú sabrías algo de esto.

—¿Qué quieres decir? —Se amoscó Kurpita.

—Eugen: yo tengo mis negocios. Tú sabes que son peligrosos, y que un solo fallo puede echarme al

F. B. I.

Por lo tanto, voy con mucho cuidado, vigilo mis asuntos con inteligencia, jamás me precipito… El contrabando de drogas está cada día más difícil, digan lo que digan. Yo he sido listo. Lo tengo todo muy bien montado, muy bien estudiado. Mis… «clientes» son personas de dinero abundante, no pobres diablos que han de robar un bolso para procurarse la dosis diaria. Ese tipo de «clientes» no me interesa.

—Bien… Ya sé eso.

—Ajá. Es una «clientela» selecta. Muy discreta, y, como tienen dinero de sobra para pagar, jamás se complican la vida ni me la complican a mí con el robo de un bolso a una anciana. ¿Correcto?

—Eee… Claro. Claro, Pierce…

—Como buen comerciante —sonrió Pierce Ballew—, tengo de todo: opio, «coca», morfina, axix, marihuana… Pide por esa boca, paga y calla. Sí, señor, mi negocio es estupendo, y con clientela que, si algo tienen además de dinero, es discreción. Hasta ahora, todo ha ido estupendamente. Y, de pronto, una noche, uno de mis muchachos más leales no regresa al hogar. ¿Me sigues?

—Sí, pero…

—Espera. Ya sé que vas a decirme que tú no sabes nada. Pero hazte cargo: ¿a quién sino al cliente de anoche tengo que preguntar? Rotella fue a verte a ti… y no regresó.

—Pues no sé qué decirte, Pierce.

—De acuerdo. De acuerdo, Eugen. No sé qué haces con tanta morfina como me compras. Ni me importa. Eres un buen cliente y no me importa si tú también haces negocio entre esas personas tan ricachas junto a las cuales vives. Sólo quiero advertirte que no me gustan las bromas.

—¿De qué hablas? Óyeme bien tú a mí ahora, Pierce: yo te necesito, ¿lo entiendes? Tengo mis propios planes sobre esa morfina que te compro. Si todo me sale bien, voy a quedar colocado para siempre… ¿Crees que en tan estupenda circunstancia iba a cometer tonterías contigo?

—Cada uno tenemos nuestro negocio, ¿eh?

—¡Claro…!

—Pues yo perdí anoche diez mil dólares, Eugen. ¿Crees que eso es negocio?

—Un momento… ¿Has venido a pelear conmigo por diez mil dólares?

—Bueno… He pensado que si Al Rotella se las ha dado de listo, yo no tengo por qué perder esos diez mil.

—¿Y quieres que te los dé yo? ¿Quieres que pague otra vez?

—Quiero los diez mil, Eugen. Si no, mi negocio ya no es negocio. Y no me importa perder un cliente, porque… Vamos, quiero decir que sé que ese cliente no se iría de la lengua. Estoy «absolutamente» seguro de eso.

Eugen Kurpita palideció.

—Entiendo… Está bien, Pierde: te daré otra vez esos diez mil. Ya me las entenderé yo con Rotella…

—SI nosotros lo encontramos antes, dudo que puedas pedirle cuentas de nada —sonrió el «gángster».

—Ya… Está bien. No me importa perder diez mil dólares si nuestro trato sigue en pie.

—Eres listo, Eugen. De veras, lo eres. Hay que saber perder y ganar…, si al final la cuenta arroja beneficios.

—¡Exacto! —rió Kurpita—. ¿Un trago, Pierce?

—Es temprano para mí —sonrió el «gánster» de nuevo—… Pero te lo agradezco igual. ¿Tienes los diez mil?

—Aquí, no.

—Eugen…

—Dime dónde y cuándo los quieres.

—Eso está mejor. Esta noche, a las nueve, los muchachos y yo te estaremos esperando en… ¿Te va bien en la entrada de «Watson Park», camino de los «Japanese Garden»?

—Sí.

—Pues ve allá con el dinero. Y todo irá bien, Eugen. Vámonos,

muchachos.

—¿Qué hago con esto? —Mostró Joyce la pistola de Kurpita.

—Devuélvesela. No me gusta que mis amigos queden indefensos. Hasta las nueve, Eugen.

—Allí estaré.

Pierce y sus hombres salieron de la casa. De nuevo por el ventanal, Kurpita los vio meterse en el coche, que se alejó inmediatamente.

Eugen Kurpita quedó reflexionando sobre el asunto.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a buscar el dinero al escondrijo… Todavía no ha llegado el momento en que pueda tener abiertamente una cuenta bancaria considerable… Pero todo llegará. De todos modos, es una buena idea: pasaré el día en la playa, y luego iré a llevarle el dinero a Ballew. No me interesan líos con él. En cuanto al imbécil de Rotella —sonrió de pronto Kurpita—, dudo mucho que puedan encontrarlo.

Sonriendo, se cambió de ropa. Luego marchó a pasar un día feliz y tranquilo panza al sol. Si no había ido a buscarle ya la Policía era que todo iba bien. Incluso lo de aquel maldito contador federal, que no debía sospechar nada de él. Mejor. Se ahorraba insistir en otro asesinato.

CAPÍTULO VII

Ronald Perring acabó de leer la confesión y miró incrédulamente a Tony Leopard, junto al cual, tímido y consternado como nunca, estaba Archie Decelis.

—Yo… no puedo creer esto…

—¿No reconoce la firma de su socio, señor Perring?

—Oh, sí… Desde luego, ésta es la firma de Cecil, la conozco muy bien. Me refería a…

—Lo entiendo a usted. Y espero que usted me entienda a mí. Es evidente que Eugen Kurpita ha abusado de su posición en la compañía, de su trato con los socios para conseguir ciertos propósitos que aún no vemos muy claros.

Perring parecía atónito.

—Yo, tampoco —confesó.

—¿Usted sabe si Kurpita tiene algún arma?

—No… No lo sé. Señor Leopard…, ¿no puede haber un error en todo esto?

Tony movió negativamente la cabeza.

—No, señor. Actualmente podemos acusar a Eugen Kurpita de tráfico y distribución de estupefacientes. Y si le encontramos el arma, será acusado de dos asesinatos y de un intento en la persona de Archibald Decelis. Ya le he dicho que las balas que había en el cadáver de Alfred Rotella y en el de Gary Hartman han salido de la misma pistola. Eso, con toda seguridad. Las que dispararon contra Archie están bastante deformadas por su choque contra la pared… Sin embargo, la opinión de los peritos de Balística se inclina en un ochenta por ciento en el sentido de que también salieron de la pistola asesina. Sea o no culpable Kurpita de los asesinatos, lo cierto es que sí lo es del asunto de las drogas. De los asesinatos…, ya

hablaremos.

Perring se sirvió un *whisky* con mano un tanto temblorosa. Se quedó con el vaso en alto, y musitó:

—Pobre Gary… ¡Cómo podía yo pensar que…! ¿Está su cadáver en la Morgue, ahora?

—Así es, señor Perring…

—¿Y… y Cecil?

—El señor Gibson será enviado lo más pronto posible a una clínica especial para morfinómanos.

—¿Qué condena…?

—Primero tendrá que curarse. Es lo más humano, señor Perring. Luego, el
F. B. I.
tendrá en cuenta la colaboración que el señor Gibson le ha prestado.

—¿Quedará libre?

—Es posible. Al fin y al cabo, él ha sido víctima ce los estupefacientes, no contrabandista.

—Claro… Bien, si él se… recupera, siempre tendrá su puesto en la compañía…

—Me temo que no. El señor Gibson admitió estar coco menos que arruinado, ya que tuvo que estar cagando a Kurpita con acciones, no con dinero.

—¡Dios…! ¿Y qué pasará con Eugen?

—Primero tenemos que encontrarlo —dijo duramente Leopard—. Luego, ya veremos de cuántas cosas podemos culparle… ¿Usted no lo ha visto, señor Perring?

—¿A Eugen? No… Bueno, hoy es sábado. Seguramente estará en su casita de Coral Gables.

—No, señor. Estuvimos ya allí y no lo encontramos.

—Pues no sé… De veras: no imagino dónde puede estar.

Tony Leopard quitó suavemente de las manos de Perring la copia de la confesión de Cecil Gibson, la dobló y se la guardó en un bolsillo.

—¿Conoce el número de la Delegación del
F. B. I.,
señor Perring?

—No…

—Es el trescientos setenta y nueve, dos mil cuatrocientos veintiuno… De todos modos, está en el listín. Le ruego que si localiza o ve al señor Kurpita nos avise allá inmediatamente. ¿Lo hará?

—Por supuesto.

—Muy agradecido. Y ahora…

La puerta del despacho de Perring se abrió y Charlotte Perring entró alegremente, balanceando sus bonitas y finas caderas. Llevaba pantalones largos y un jersey sin mangas y de escote agudísimo.

—Papá, voy…

Se detuvo y se quedó mirando a los dos visitantes, especialmente, por unos segundos de más, a Archie Decelis.

—Pasa, Charlotte. Ya conoces al señor Decelis… Te presento al señor Leopard, del
F. B. I.

Charlotte se había sonrojado un poco cuando su mirada se cruzó con la de Archie. Miró rápidamente a Leopard y sonrió a medias. Tony inclinó la cabeza, fija su inteligente y escrutadora mirada en la muchacha.

—Es… es mi hija —dijo Perring, mirando a Tony.

Éste miró rápidamente de reojo a Decelis.

—Lo he supuesto… Me han hablado de ella, señor Perring, y, ciertamente, es… muy bonita.

—Usted es muy amable —se alegró el rostro de Perring; miró a su hija—. ¿Querías algo, Charlotte…?

—No, yo… yo iba a salir…

—¿Adónde, señorita Perring? —inquirió Leopard.

La muchacha miró a su padre, quien asintió con la cabeza.

—Pues… a ningún sitio determinado. ¿Ocurre algo?

—Ha ocurrido ya. Y pueden ocurrir más cosas… ¿Tiene usted noticias de Eugen Kurpita?

—¿De Eugen…? No… ¿Por qué?

Tony se había ido acercando como quien no quiere la cosa a la muchacha. Entornó los párpados y estuvo mirando con toda atención los finos bracitos un tanto pecosos de Charlotte. Pero no vio en ellos la menor señal de pinchazos. Ni siquiera se molestó en ocultar un suspiro de alivio al mirar a Decelis.

—Le estamos buscando —contestó al fin.

—Pero… No entiendo… ¿Quién le busca?

—El

F. B. I.

Tenemos la tonta pretensión de acusar de asesinato al señor Kurpita.

Charlotte Perring quedó lívida como un cadáver.

—¡No es posible! —Casi gritó.

—Le aseguro que sí. Claro está, tendremos que probarlo… Pero hemos conseguido cosas más difíciles. Esto…, ¿admitiría usted un cariñoso consejo, señorita Perring?

—¿De usted?

El tigre manso sonrió y brillaron intensamente sus ojos color pimiento.

—De mí, en efecto.

—¿Qué consejo…? ¿Qué consejo es ése?

—Es casi un ruego también: no salga de su casa hasta que hayamos encontrado a Eugen Kurpita.

—Pe-pero…, ¿por qué?

Leopard encogió los hombros.

—Es pronto para explicaciones. Naturalmente, usted puede seguir o no seguir el consejo. Lo único que queremos es que Kurpita no encuentre a nadie por ahí capaz de ayudarle.

—¿No está en su casa?

—No. Suponemos que anda escondiéndose. En su casa no hay nadie.

Charlotte retorció sus dedos nerviosamente.

—¡Oh!, yo… yo… Está bien, no saldré de casa.

—Gracias. Bien, esto es todo, por ahora; hasta la vista. ¿Vienes, Archie?

Decelis se acercó a Charlotte y le cogió ambas manos. Las notó un poco ardientes, inquietas…

—Charlotte, todo esto es muy importante. Yo… yo te aseguro que Tony sólo quiere ayudar a quien… a quien merezca esa ayuda. ¿Lo entiendes?

—Sí… sí, sí…

—En cuanto a mí, tú ya sabes… Quiero decir que espero que recuerdes lo que te dije anoche en mi apartamento.

Charlotte volvió a enrojecer levemente.

—Sí, Archie; lo recuerdo.

—Bien… Tienes tiempo para pensar en ello… Y de un modo u otro recuerda que sólo quiero ayudarte. Puedes… puedes disponer lo mismo de mí que de Tony.

Charlotte volvió a mirar a Leopard, que recurrió de nuevo a su sonrisa de tigre manso, dando a entender que Archie estaba ciñéndose a la verdad.

—¿Por qué me dices esto, Archie?

—No lo sé… Sólo quería… que lo supieras.

—Gradas…

Quedaron los dos sin saber qué más decir. Ronald Perring los miraba con suma atención y un gesto benevolente en sus facciones. Tony Leopard resolvió la embarazosa situación de silencio, dirigiéndose hacia la puerta.

—No se molesten en acompañarnos. ¿Nos vamos ya, Archie?

Decelis fue tras él. Salieron al gran vestíbulo de la quinta y, en seguida, al exterior. Recorrieron a pie la distancia hasta el otro lado de la verja, entraron en el coche y Leopard encendió un cigarrillo.

—El amor es algo… espantoso, a veces, ¿no es cierto, Archie?

—¿Por qué dices eso?

—He estado mirando los brazos de esa muchacha. No hay en ellos la menor señal de pinchazos. Pero eso no quiere decir nada. La «nieve», la «coca», la marihuana y otras «golosinas» por el estilo no precisan de jeringuilla…

—¿Estás insinuando que Charlotte se droga?

—No. No lo insinúo. Me apuesto el pellejo a que es así. Y sólo tengo un pellejo, Archie.

—¿Por qué has de creerte tan listo?

—Porque lo soy —intentó bromear Leopard—. Charlotte Perring es la persona que tú descubriste anoche que se drogaba en esta casa. No hables ahora, Archie, porque no quisiera echarte en cara más adelante que un día me mentiste. Está bien que la quieras. Es una linda muchacha, una… una muñequita, en efecto. Y me parece muy bien que te hayas enamorado de ella. Pero, si realmente la quieres, lo mejor que puedes hacer por ella es llevarla a donde tú sabes que pueden curarla del vicio. No te dé pena. Piensa en lo que será esa preciosa muñequita dentro de unos años, o de unos meses… Un despojo, eso es lo que será. Te dará asco incluso a ti, o a su padre.

Si la quieres, entra ahora en esa casa, tómala de un brazo y llévatela a la clínica.

—Estás… estás equivocado… —tembló la voz de Decelis.

—Voy a daros a los dos una oportunidad… ¿No la has visto? Ya empezaban a temblarle las manos y la mirada; dentro de una hora, como máximo, empezará a extraviársele… Empieza a necesitar su dosis. Cada día, la dosis será mayor. No importa que tenga dinero para pagarlo. Lo que Importa as ella, ella misma como persona, como linda muchacha.

—No, no… Ella… ella no necesita nada…

—Quédate aquí. Vigílala. Ha prometido quedarse en la casa, ¿no es cierto? Lo hará si Kurpita llega y le proporciona su dosis. Si Kurpita no llega, ella irá a buscarlo a él, le pedirá su dosis del día. Entonces te convencerás. ¿Quieres quedarte?

—No… no es necesario.

—Como quieras. Nos iremos… y Charlotte Perring caerá por sí sola, como una fruta madura. Nos vamos.

—¡Espera! Yo… yo voy a quedarme. ¡Voy a quedarme, maldito seas, Tony!

Leopard puso afectuosamente una mano en el nombro de su amigo.

—Tranquilo, Archie. Verás cómo arreglamos el asunto.

Decelis no contestó. Leopard puso en marcha el coche y lo detuvo en el próximo cruce. Allá, sin que mediase una sola palabra más, el
«T-man»
se apeó, dispuesto a regresar hacia la quinta de los Perring.

Leopard lo vio marchar, reflejado en el retrovisor. Suspiró y accionó la radio.

—Leopard. ¿Me oyes, Samuel?

—Seguro. ¿Qué hay?

—Mi amigo Archie se queda a vigilar a la chica de Perring. Y tú vas a quedarte a vigilarlos a los dos.

—¡Okay!

—Con la discreción más absoluta. No intervengas más que en caso de vida o muerte. Sólo se trata de cuidarlos. De todos modos, yo estaré en contacto con vosotros y ya iremos arreglando las cosas sobre la marcha. ¿Entendido?

—Claro.

—¿Algo sobre Kurpita?

—Nada. Se lo tragó la tierra.

—Ya verás cómo no —sonrió duramente Leopard—. La tierra sólo se traga a los muertos. Y ese Kurpita es… muy vivo. Todo sigue en pie. Cambio y corto.

Cerró la radio, tiró el cigarrillo y miró la hora.

Apenas las dos de la tarde. Una buena idea sería la de almorzar algo y trasegar líquido fresco.

A fin de cuentas, digan lo que digan, el estómago es un excelente ayudante del cerebro.

CAPÍTULO VIII

Eugen Kurpita estaba a menos de trescientas yardas del «Watson Park», a las nueve menos diez de aquella noche. Todo iba bien, o al menos así lo creía él.

A las nueve menos cinco minutos, empezó a acercarse a la entrada del parque elegido para la entrega de los diez mil dólares. Era casi gracioso aquello, pero la última parte de su plan no tenía nada de risible, y sólo con astucia y buen dominio de nervios conseguiría sus propósitos finales.

A las nueve menos dos minutos, vio el coche y distinguió en una de las ventanillas a Bledsoe, uno de los hombres de Pierce Ballew. A las nueve menos un minuto, Eugen Kurpita estaba junto a la ventanilla, recibiendo la casi sorprendida mirada de Bledsoe.

—Aquí estoy —saludó Kurpita.

Oyó la voz de Ballew en el interior del coche.

—Pasa delante, Bledsoe.

—Sí, jefe.

El pandillero se apeó y pasó delante, junto a Rudeen, que estaba al volante. En la amplia parte trasera del coche quedaron solamente Ballew y Joyce. Kurpita entró y quedó sentado en un extremo del asiento.

—He traído el dinero.

—Bien —sonrió Ballew—. Dámelo.

Lo sacó de un bolsillo interior y se lo tendió al «gánster», dentro de un sobre. Ballew abrió el sobre, vio los billetes y se los guardó, sonriendo gélidamente.

—El periódico, Bledsoe.

Éste se volvió en el asiento y entregó a su jefe lo pedido… Con mucha parsimonia, Pierce Ballew buscó una de las hojas. Cuando

encontró lo que buscaba, dobló el periódico por ella y lo tendió a Kurpita.

—Fíjate qué noticia más interesante, Eugen.

Kurpita parpadeó, nervioso. Cogió el periódico y, apenas su mirada cayó sobre la noticia que apuntaba el dedo de Ballew, palideció intensamente. Había allí la fotografía de un cadáver cruzado sobre un madero que flotaba en las aguas del muelle. En el artículo se hacía referencia al hallazgo del cadáver; se mencionaba que no llevaba documentación alguna, pero que había pasado a disposición del
F. B. I.
para su identificación e investigaciones posteriores.

—Pierce, no entiendo…, no sé…

—No dice nada de diez mil dólares. Pero sí dice que tenía dos balas en el cuerpo. ¿No es… intrigante esto, Eugen?

—Escucha, si… si es-estás pen-pensando…

—No tartamudees. Ya te lo advertí, Eugen. No me gustan las bromas con mi negocio. Al Rotella era uno de mis mejores hombres. Yo sabía que era leal, que trabajaba bien… Ha tenido en sus manos mucho más de diez mil dólares en diversas ocasiones. Pero quise creerte. Te concedí… una oportunidad. Lástima que tú no hayas jugado limpio, Eugen.

—No… no, no, Pierce… Estás equivocado. Yo te… te explicaré…

—No me creas tan estúpido —masculló Ballew—. Vámonos, Rudeen.

—Esto… Espera… ¡Espera, Rudeen! —chilló Kurpita—. ¿Adónde me… me lleváis?

—Solamente a dar un paseo, Eugen —deslizó amablemente Ballew—. Un tranquilo y romántico paseo…

—¡No! Mira, yo… ¡Yo te lo explicaré todo!

—Claro, Eugen, claro… Pero hazlo por el camino. ¿Qué estás esperando, Rudeen?

El coche se puso en marcha lentamente. Eugen Kurpita miraba a todos lados con ojos desorbitados. Le temblaban las manos y los labios, y estaba pálido como un muerto. De pronto se lanzó contra la portezuela, la abrió y salió rodando fuera del coche.

El coche frenó suavemente, dada su poca velocidad, pero sus cuatro ocupantes tuvieron que agacharse sobre el piso cuando,

afuera, comenzó a soltar plomos la pistola con silenciador de Eugen Kurpita. El interior del vehículo se llenó de cristales agudos, cortantes; en las manos y caras de los cuatro ocupantes aparecieron diminutos hililllos de sangre…

Joyce se tiró fuera por la otra portezuela, ya pistola en mano, y se arrastró junto al coche, hacia la parte de atrás.

Todo lo que pudo ver fue la espalda de Eugen Kurpita, quien corría hacia la zona verde del parque. Joyce alzó la mano armada, pero la voz de Ballew le contuvo:

—¡No tires! ¡No nos interesa un escándalo ahora! ¡Vamos detrás de él! ¡Tú, también, Rudeen! ¡Todos!

En un instante, los cuatro «gánsteres» corrían, separándose, hacia el punto de la vegetación de «Watson Park» por donde habían visto desaparecer a Eugen Kurpita.

Empezaba la cacería.

Una cacería cuyo final ni siquiera pasó por la mente de Pierce Ballew.

Mala suerte.

* * *

Archie Decelis se mordió los labios cuando vio salir el coche de la quinta y, al volante, a Charlotte Perring. Miró su reloj: las nueve y cuatro minutos. Tony Leopard había fallado… en la hora. Había fallado en cuanto al cálculo de la resistencia de la muchacha. Por lo demás…, allá Iba ella.

«Lo mataré —pensó Archie, tocando con el codo la pistola que Leopard le había prestado la noche antes—… Lo mataré si él es el culpable de esto. Si ella va a ver a Kurpita y él tiene la culpa, lo mataré…».

Charlotte Perring conducía a velocidad casi de suicida. Sólo el temor a una persecución de la patrulla debía retenerla en las luces y en los límites de velocidad. Era mejor esperar unos segundos ante una luz, o aminorar la velocidad, a que un par de motoristas se lanzasen tras ella…

Decelis no tardó en convencerse de que ella iba a Coral Gables. Y, por tanto, a casa de Eugen Kurpita. Veinticinco minutos más tarde, el coche de la muchacha se detenía ante el 120 de la Avenida Alcázar, la casa en la cual había estado antes Decelis con Leopard,

buscando a Kurpita.

El «T-man» vio saltar a la muchacha del coche y correr hacia la casa, cuyas luces estaban apagadas. Salió corriendo tras ella cuando Charlotte había roto ya el cristal de una ventana y entraba en el «*living-hall*». La luz se encendió. Cuando Decelis se detuvo ante la destrozada ventana, Charlotte Perring estaba ya revolviendo el «*living*», sollozando con violentos estremecimientos.

—¡Charlotte!

Ella no pareció oírlo. Continuó sacando cajones, derribando objetos, sin dejar de gemir fuertemente, de chillar, de agitar sus cabellos rubios… Le temblaban tan violentamente las manos que todo cuanto tocaba iba a parar al suelo. Tenía los ojos dilatados, la mirada enloquecida…

Archie Decelis saltó al interior de la casa, corrió hacia la muchacha y la sujetó por los hombros.

—¡Charlotte, cálmate…! ¡No busques más, no busques m…!

Ella se revolvió contra él con tanta furia y violencia que lo derribó. Inmediatamente, sin hacerle caso, continuó su desesperada búsqueda, gimiendo y llorando cada vez con más fuerza, aullando cada vez que su esperanza de que el último lugar registrado contuviese lo que buscaba se veía fallida.

Decelis se puso en pie y fue de nuevo hacia ella, con la Intención de sujetarla, de calmarla…

—¡Déjame…! ¡Déjame o te mato!

—¡Charlotte!

—¡Eugen! —gritó la muchacha—. ¡Eugen, lo necesito, dámelo…! ¿Dónde estás, Eugen?

El «T-man» quiso sujetar de nuevo a Charlotte y ella disparó sus dos manos contra el rostro del federal. Las finas uñas se llevaron delgadas tiras de piel de las mejillas de Archie Decelis, que, inmediatamente, mostraron los delgados surcos rojos de la sangre.

Pero Decelis se había propuesto dominarla y tenía que conseguirlo. Se tiró rudamente contra ella, la abrazó por la cintura y la derribó. Ya ambos en el suelo, el federal colocó sus rodillas en

los codos de la muchacha, apretándoselos contra el suelo, y sujetándole los hombros con las manos.

—¡Eugen! ¡Quiero que venga Eugen…!

—¡Charlotte, soy Archie…! ¡Soy Archie!

—¡¡EUGEEENNNN…!!

—¡Soy Archie!

Charlotte se agitaba tan fuertemente que Decelis comprendió que de ninguna manera lograría sujetarla por mucho más tiempo en aquella postura. Se dejó caer sobre ella, aplastándola con su peso, intentando inmovilizarla por todos los medios.

—Charlotte, soy Archie… ¡Te quiero! ¡Te quiero, te quiero…!

—¡Te mataré! ¡Te mataré si no me dejas ir con Eugen! ¡Quiero ir con él, quiero que venga…!

—Lo estamos buscando…

Charlotte se crispó de pronto, arqueando el cuerpo, y Decelis salió disparado hacia un lado. Ella se puso en pie y quiso correr hacia una de las habitaciones, pero el «T-man» reaccionó a toda prisa, colocándose ante ella. Charlotte tendió de nuevo las uñas hacia delante, pero Archie había comprendido ya que tenía que actuar de modo tajante. Cerró el puño derecho y lo disparó contra la fina barbilla que temblaba ante él.

El puñetazo alcanzó a Charlotte Perring justo en el punto álgido, la levantó unas pulgadas del suelo y hacia atrás, y el resultado fue el desplome definitivo en el centro del «*living-hall*». Quedó cara al techo, inmóvil, con los brazos en cruz y las piernas dobladas, completamente rasgada la falda por la presión de las rodillas en la tela en un momento no conveniente.

Decelis se apresuró a arrodillarse junto a ella. Le colocó bien las piernas y se inclinó sobre el rostro de la muchacha, que estaba terriblemente pálido.

—Perdóname… Perdóname, muñequita… Tenía que hacer esto. ¡Tenía que hacerlo! Ahora descansarás… Y te curarás… ¡Te juro que te curarás y, entonces…!

El «T-man» calló bruscamente al ver aparecer un par de pies en su radio visual; unos pantalones grises, impecables… Llevó la mano al interior de la

chaqueta al tiempo que se incorporaba de cintura para arriba, todavía las rodillas en el suelo…

—¡Tony! —exclamó, a medio sacar la pistola.

Tony Leopard no contestó. A su espalda, la puerta abierta de uno de los dormitorios era una revelación respecto al lugar de donde salía tan inesperadamente. El «G-man» se inclinó sobre la muchacha. Lo primero que miró fueron las esbeltas, bonitas piernas al descubierto, debido a la rotura total de la falda. Adelantó una mano hacia ellas y pasó la yema de un dedo por los pinchazos que se veían en los muslos. Luego, le alzó los párpados y le tomó el pulso.

—Tenías razón —murmuró temblorosamente Decelis—… ¡Tenías razón y yo lo sabía, pero quería evitar… evitar que todo esto se supiese, quería ayudarla yo solo…!

—Está bien, Archie.

—Tony, nos vas a ayudar… ¡Tú vas a ayudarnos a los dos!

—Seguro que sí. Pero…, ¿cómo?

—Yo… Ella… Tony, tú…

—¡Ssst! ¡Llévatela de aquí! ¡Al dormitorio!

Afuera se oyó el frenazo de un coche. Tony Leopard saltó hacia el interruptor y apagó la luz. La que llegó del exterior, a pedazos triangulares, le permitió ver a Decelis arrastrando a la muchacha hacia el dormitorio.

Por el jardín se acercaban cuatro hombres, corriendo. Leopard frunció el ceño al ver las pistolas en aquellas cuatro manos. Bien. Si aquellos cuatro hombres, quienesquiera que fuesen, venían en son de pelea, se iban a llevar una trágica sorpresa…

—¡Hemos visto la luz, Eugen! ¡Sabemos que estás ahí! ¿Sales o entramos a buscarte?

Casi en seguida sonaron un par de disparos y la cerradura de la puerta fue arrancada violentamente por los plomos. Un feroz puntapié dejó expedita la entrada.

Leopard saltó hacia el centro del «Iiving-*hall*».

—¡Alto! —gritó—. ¡Les está hablando un agen…!

Una bala le dio en un hombro, sin clavarse, pero el impacto bastó para derribarlo…, con tanta oportunidad que las otras balas le habrían despedazado de haber continuado en pie.

Tendido en el suelo, Leopard vio a los dos hombres recortados en el umbral y, detrás, le pareció distinguir a los otros dos. No vaciló ni un segundo más en disparar.

Su primer balazo se llevó por delante a uno de los dos hombres que habían entrado, empujándolo contra los dos del exterior. El otro recibió la bala en plena frente, al inclinarse; dio media vuelta, chocó de cara contra el marco de la puerta y rebotó hada dentro…

Los otros dos dieron la vuelta y echaron a correr. Pero en el exterior se oían ya las voces de varios hombres. Una de ellas llegó nítidamente hasta Anthony Leopard, que se estaba incorporando.

—¡Alto! ¡Alto al
F. B. I.!

Y, luego, los disparos, nutridos. A través de la ventana cuyos cristales habían sido reventados por Charlotte Perring, Leopard vio a un hombre estremeciéndose, dando saltos por e1 césped cada vez que una bala entraba en su cuerpo… Y, de pronto, desapareció…

—¡Tony! ¿Estás bien?

—¡Ven para acá, Samuel!

Afuera se oían voces excitadas. Leopard dio de nuevo la luz. Para cuando su compañero Samuel aparecía en la puerta se oían ya las sirenas policiales.

—¿Te dieron?

—No es nada.

—Seguí a Decelis y a la chica hasta aquí, pero Alvin y los demás me dijeron que tú estabas dentro, que ya arreglarías este asunto… Luego llegaron estos tipos y decidimos esperar a ver qué querían… Bueno: ¿qué querían y quiénes son?

—No sé quiénes son, pero he deducido que buscaban a Kurpita para liquidarlo. De modo que no creo que éste aparezca más por aquí. Las cosas se le han puesto muy difíciles…

Dos agentes del
F. B. I.
aparecieron en la puerta.

—¿Estás bien, Tony?

—Seguro, Alvin. ¿Les habéis matado a todos?

—Creo que uno de ellos vive… ¿Quiénes eran?

—¡Demonios, no lo sé…! Registradlos y atended a la Policía… Yo voy a encargarme de Archie y de la chica.

—Está bien.

Leopard entró en el dormitorio. Estaba a oscuras. Dio la luz y vio a Archie sentado a un lado de la cama, junto a Charlotte, a la cual había tendido completamente en aquélla.

—¿Qué ha sido eso, Tony? ¡Eh, te han dado en un hombro…!

—Gajes del oficio. En cuanto a lo que ha pasado, que me maten si lo sé. Teníamos tendida la trampa para Kurpita y llegan cuatro locos a meterse de cabeza en ella… ¿Cómo está la chica?

—No sé… Creo que duerme tranquilamente.

Tony volvió a alzar un párpado.

—Eso parece. Bien, ¿qué crees que debemos hacer con ella, Archie?

Decelis bajó la mirada.

—Quiero… quiero que hagamos lo mejor, Tony. Iremos a buscar a su padre. Él tiene derecho a saber lo que ocurre, y… y él nos acompañará a llevar a Charlotte. Me dijo… me dijo anoche que ella es lo que más quiere en este mundo…

—Comprendo —musitó Leopard—. De acuerdo, Archie, vamos a recoger a Ronald Perring… Tienes razón: él tiene derecho a saber todo esto. ¿Te ayudo?

—No… No es necesario. Además, tu herida…

—Olvídala… ¿Qué hay, Alvin?

—Esos tipos. Se llamaban Fred Bledsoe, Jack Rudeen, Lee Joyce y Pierce Ballew. No les conocemos, creo.

—¿Han muerto los cuatro?

—Dos. El llamado Bledsoe, vivirá. El tal Joyce debe tener ya el D. O. A. [2] esperándole en la Morgue.

—Bueno, ya nos explicará ese Bledsoe de qué va el asunto. Archie y yo nos vamos. Cuidaos de todo esto.

CAPÍTULO IX

Ronald Perring tiró el cigarrillo furiosamente y se pasó la mano por la boca. Consultó el reloj, sin saber por qué ni para qué lo hacía.

—No lo entiendo… ¡No lo entiendo! Dijo que no se movería de aquí, que se quedaría conmigo…

Se acercó a la puerta-ventana de su despacho, que daba a una terraza sobre el jardín, y miró al exterior. Nada. Charlotte no regresaba. Se había marchado sin decírselo, sin que él se diese cuenta…

Regresó al sillón, se sentó y tomó un periódico. Le echó un vistazo, pero lo tiró a un lado en seguida, impaciente.

Entonces lo vio en el umbral de la puerta-ventana, con una pistola en la mano, sudoroso, descompuesta la figura, pálido, crispadas las facciones.

Se puso en pie de un salto.

—¡Eugen!

—Aquí me tiene, señor Perring.

Ronald Perring miró excitadamente a todos lados.

—¿Estás loco? ¡No has debido venir aquí…! ¡Te están buscando los hombres del
F. B. I.!

—¿Los… del
F. B. I.?

—¡Claro! Encontraron el cadáver de Rotella y el de Hartman… Cecil les ha dicho que tú les proporcionabas morfina… Y quieren probar que tú mataste a Rotella, a Gary Hartman… y que quisiste matar al contador federal…

—¿Qué has hecho? ¿Qué está pasando contigo, Eugen?

—Ni yo mismo lo sé… ¡Todo lo ha echado a perder ese maldito

contador federal, con su coche «Falcon», con su paseo de anoche por el jardín! Vio el cadáver de Rotella y tuve que golpearlo… Debí matarlo entonces… ¡Eso es lo que debí hacer! Pero entonces yo no sabía que Charlotte se interesaba tanto por él…

—¿Charlotte? —musitó Perring—. ¿De qué hablas?

—Ella está interesada por Decelis.

—Sí, eso creo… ¿Qué te importa a ti?

—Mis planes eran casarme con su hija, señor Perring.

El millonario pareció recibir un impacto fortísimo en pleno pecho.

—¿Tus planes? —murmuró.

—¿Se creía que sólo estaba trabajando para usted?

—Calla… Calla, Eugen. Pueden oírnos…

—Oh, no… Sé muy bien que estamos solos aquí… ¿Creyó que iba a ser su instrumento mal pagado, señor Perring?

—Eugen, no es el momento…

—¡Ya lo creo que es el momento! Todo fue idea suya… Yo tenía que conseguir las acciones de sus socios Gary Hartman y Cedí Gibson. Tenía que conseguirlas para usted. Y usted estuvo de acuerdo en todo. Los convertí en morfinómanos y les fui sacando las acciones… Ahora es usted dueño casi absoluto de la compañía, ¿no es cierto, señor Perring?

—Sí… Ya te dije que tendrías una recompensa adecuada…

—¡Adecuada! ¿Cien mil dólares? ¿Quinientos mil? ¿Un millón? El dinero, en cantidad fija, se gasta, señor Perring. Yo quería más… Mucho más. Por eso tracé mis propios planes: convertirme en su yerno cuando ya fuese usted el propietario absoluto de la compañía.

—¡Estás loco!

—No lo crea… Lástima que todo se haya venido abajo. Tuve que matar a Rotella, y de ahí fue llegando el desastre. ¿Sabe que su hija me ayudó a deshacerme del cadáver, señor Perring?

—¡No!

—Sí, hombre… —rió agudamente Kurpita—. De veras que sí. Pero la muy estúpida confundió el coche que Hartman me había prestado con el de ese contador federal. Luego tuvimos que seguirlo y robarle el coche cuando lo dejó frente a una quinta de Alton Road. Tiramos el cadáver de Rotella al mar y abandoné el coche en Carol City… Luego, ella fue a sonsacar a Decelis, pero estaba…

demasiado llena de «vitalidad» y se emborrachó. Ella misma propuso lo de ir a ver al federal, y yo la seguí. Los vi salir del apartamento de él, abrazados, y entonces quise matar a ese Decelis… Pero un tipo le recogió al salir de aquí y le ayudó luego. Todavía me pregunto cómo pude escapar…

—Es mentira… Eso que estás contando es mentira…

—Oh, no… Luego me dije que quizá el federal no supiese gran cosa y que, de todos modos, siempre estaba a tiempo de matarlo antes de que se acercase más a Charlotte. Por más que ella sólo se hubiese casado conmigo, señor Perring.

—Eres un iluso.

—Y usted un canallita —volvió a reír Kurpita—. ¡Qué buena idea tuvimos al convertir en asquerosos viciosos a sus socios!, ¿no le parece? ¡Qué bien se domina a un morfinómano, señor Perring!

—No tenías necesidad de matar a Gary Hartman…

—¡Ya lo creo que sí! ¿Y si el contador federal era listo y llegaba a la conclusión de lo de la equivocación al meter el cadáver en su coche? Hartman diría en seguida que me lo había prestado, ¿no?

—Pudiste deshacerte del coche…

—No habría servido de nada, si al final iban a preguntarle a Gary Hartman. Lo que interesaba era que él no pudiese decir a quién había prestado su ya despreciado «Falcon»…

—Está bien… Está bien, Eugen. Pero ahora debes marcharte…

—Precisamente he venido a despedirme de usted. A falta de ser su yerno, bueno será todo el dinero que tenga ahora en la caja del despacho. Más adelante, y ya en lugar seguro, le iré pidiendo pequeñas cantidades.

—¿Piensas chantajearme?

—¡Oh, no! Al fin y al cabo somos socios, señor Perring. Usted me daba dinero a mí, yo compraba morfina, y con la morfina conseguía las acciones de sus socios para usted. ¡Todo para usted! ¿No merezco un poco de consideración por su parte? Somos…, ¿cómo diría yo?…, cómplices. Eso es: cómplices. Yo me he convertido en un asesino y tengo que huir. Pero usted, aunque se quede, será tan canalla como yo. ¿De quién sino de usted fue la idea de despojar a sus socios?

—Ya está bien —gruñó Perring—. Te daré el dinero y márchate inmediatamente.

—Será triste la despedida… ¡Y yo que pensaba pasarme el resto de mis días viviendo de sus millones, con sus millones, como un queridísimo yerno…!

—¡Deja ya de hablar de mi hija, Eugen! ¡Siempre estará demasiado alta para ti!

—¿De veras? ¿Dónde está ahora?

—Se fue…

—¡Claro! Es la hora de su racioncita de porquería… Debe estar buscándome como una loca… Si me viese, se arrastraría a mis pies.

Ronald Perring acabó de abrir la caja de caudales que había tras un cuadro, y se volvió palidísimo.

—¿De qué… estás hablando?

—¡De su hija! ¿Acaso está usted ciego? ¡Ella es una morfinómana!

—No… N-n-nooo… ¡No!

—Seguro que sí… ¿Y sabe por qué? Yo la vicié. Lo mismo que vicié a sus socios, vicié a su hija… Usted tenía sus planes y yo los míos, ya se lo he dicho. Drogando a su hija, la convertiría en mi esclava. Si le hubiese pedido que se casase conmigo, lo habría hecho… ¡Haría todo lo que yo le pidiese con tal de tener su dosis diaria de morfina! Ella es tan dulce, tan cándida, que jamás se le ocurriría buscarla en otro sitio… ¿Para qué, si Eugen le daba toda la que necesitase? Y casándose conmigo, problema resuelto. Yo la dominaría a ella y, por medio de ella, a usted… ¿No es un plan inteligente, señor Perring?

Cuando Eugen Kurpita dejó de hablar, en el despacho se oyó claramente el entrechocar de los dientes de Ronald Perring, tal era el violentísimo temblor de su mandíbula.

—Te…, te daré…, te daré el… dinero… y no volverás jamás a Miami, Eugen…

—¡Seguro que no! ¿Cree que me interesa que me atrapen? ¡Vamos, deme ya todo lo que hay ahí dentro y acabemos, por el momento!

Perring se volvió hacia la caja, metió la mano dentro y se volvió, muy despacio, hacia Kurpita. Pero no consiguió engañar a éste, que vio la pistola que Perring empuñaba antes de que éste ni siquiera hubiese empezado a apretar el gatillo.

—Viejo idiota…

Plop.

Plop.

—¡Suelte la pistola, Kurpita!

Mientras Ronald Perring se deslizaba blandamente hacia el suelo con dos balazos en el pecho, Eugen Kurpita se volvió, chillando de puro sobresalto, hacia donde había sonado la voz. Vio a Archie Decelis y al mismo tipo que la noche anterior le diera el mayor susto de su vida al salir tras él en pleno tiroteo; ambos empuñaban una pistola y, mientras el rostro del desconocido permanecía pétreo, el de Archie Decelis parecía retorcido en una mueca de infinita rabia.

Eugen Kurpita comprendió que todo estaba perdido. De modo que decidió probar su última jugada, apuntando a Decelis.

Leopard disparó antes. Su bala dio de lleno en el hombro de Kurpita y lo derribó con fuerza, hacia atrás, girando. Kurpita chocó contra el sillón, cayó de rodillas junto a él y se revolvió, todavía pistola en mano, dispuesto a continuar la pelea.

Archibald Decelis disparó entonces. La primera bala dio en la garganta de Kurpita, y tuvo el mismo efecto que una soga pasada por una rama: tiró de Kurpita hacia arriba. Decelis disparó por segunda vez, por tercera, por cuarta, fríamente… Y Kurpita iba saltando de un lado a otro, dejándolo todo manchado de sangre…

—¡… dicho que basta! —aulló Leopard, quitándole la pistola rudamente—. ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Estás loco?

Decelis parpadeó.

—Era…, era lo que se merecía por lo que ha hecho con ella…

Leopard abrió la boca con gesto adusto, pero la cerró con la fuerza de un cepo. Miró los dos cadáveres, soltó un gruñido y se dirigió al teléfono. Cuando colgó el auricular, todo el mecanismo final estaba en marcha.

—Y ahora, volvamos junto a la chica.

Charlotte estaba medio tendida en el asiento posterior del coche. Decelis se sentó a su lado y le acarició la frente. Estaba helada y, al mismo tiempo, bordeada de un fino sudor…

—Es…, es como una niña, Tony. No le diremos la verdad, lo de su padre… ¿Se la diremos, Tony?

Leopard soltó un gruñido.

—El jefe decidirá esos detalles.

—Es solo…, sólo una muñequita…

—Pero de cera, Archie. De cera, de esas que se dejan moldear muy fácilmente…, y no siempre por la mano que les conviene.

—Yo…, yo la moldearé. Y te juro…, ¡te juro que la moldearé bien! Jamás recordará este período de su vida.

Tony Leopard miró afectuosamente a su amigo.

—Okay, Archie. Charlotte Perring es toda tuya… Y buena suerte.

ESTE ES EL FINAL

Tony Leopard señaló desde dentro del coche hacia el gran portalón de la clínica para morfinómanos.

—Ahí salen, jefe.

—Ya los he visto —musitó Gordon—. Bien, si en cinco meses han mantenido su amor, es de esperar que les dure toda la vida. Es un chico muy cabezota tu amigo.

El tigre manso sonrió, fija la mirada en Charlotte y Archie, que no se habían dado cuenta de que tenían espectadores el día en que la muchacha abandonaba la clínica, ya curada. La sonrisa se ensanchó más en la bocaza de Leopard cuando los dos se besaron, antes de entrar al coche. Y cuando éste arrancó, Tony suspiró y propuso:

—¿Una copa, jefe?

—Bueno. Hay cosas que merecen celebrarse. —Pues vamos allá. Tía Minnie se alegrará de vernos.

Gordon se espantó.

—¡Hey…! ¿Pretendes llevarme a tu casa?

—Claro…

—¡No! ¡Ni hablar!

—¿Qué le pasa? —rió Tony—. Vamos, no sea huraño. Admita que, en el fondo, tía Minnie le cae muy bien… Y «Charlie» es un gato simpático. ¿Sí o no?

—Cierto. Está bien, vamos…

—Okay. Para mí, un par de V. T. ¿Y para usted, jefe?

—Cualquier cosa… Pero quiero dejar bien clara una cosa. Si voy a tu casa es por «Charlie», no por tu gruñona, vieja, anticuada,

asquerosamente millonaria y…, y divertida tía Minnie.

Entonces, los dos se echaron a reír.

FIN

Bram Holden

Detective privado

UN RELATO POLICIACO DE

Lou Carrigan

De cuando en cuando, Bram Holden se permitía hacer pajaritas de papel. Eran, desde luego, muy escasas las ocasiones en que el famoso detective privado de Los Ángeles no tenía algún caso en marcha. Pero aquella tarde podía hacer pajaritas de papel, mientras afuera, en el antedespacho, su secretaria se limaba las uñas plácidamente.

Las pajaritas eran siempre de varios tamaños, e incluso el papel que empleaba Bram era de distintos colores. De este modo, su mesa quedaba muy bonita, llena de colorido.

Y así estaba la mesa cuando sonó el interfono.

—Dime, guapa —atendió Bram la llamada.

—Su esposa, señor Holden —dijo la secretaria.

—¡Demonios, eso se avisa!… Lo de guapa era broma…

Se oyó la risa de la secretaria.

—También es broma que ha venido a visitarle su esposa, señor Holden.

—Muy graciosa. ¿Quién es?

Se oyó la voz de un hombre por el interfono, en lugar de la de Annie, la secretaria:

—Bram, soy Mitchell. Tienes que recibirme.

—¡Mitchell! —exclamó alegremente Bram—. Maldita sea, hombre… ¿Desde cuándo te consideras obligado a anunciarte en mi despacho? ¡Pasa ahora mismo!

Se puso en pie y fue hacia la puerta. La abrió… y casi cayó de espaldas al ver a la rubia fenomenal que parecía ocuparlo todo con su magnífica belleza. Ojos azules, cuerpo escultural, elegancia prodigiosa… Quizá tendría veinticinco años.

Y detrás de ella, el buen Mitchell, con sus simpáticas canas en las sienes, su porte distinguido, su mirada bondadosa… y sus cincuenta años.

—¿Qué tal, Bram?

—Bien… ¡Muy bien, Mitchell! Pasa… ¿Cuánto hace que no nos vemos?

Mitchell cedió paso a la rubia, cerró la puerta y miró sonriente a Bram.

—Como un año, quizá… Mmm… Te presento a mi esposa, Bram.

—¿Tu…? Oh… Oh, sí, tu…, tu esposa…

La rubia tendió una maravillosa manita, sonriendo deliciosamente.

—¿Cómo está, señor Holden?

—Pues… Muy bien, sí… Encantado, señora.

—Mi esposo me ha hablado muchas veces de usted. Asegura que es el más astuto detective privado de Los Ángeles.

Bram señaló las pajaritas que había sobre su mesa.

—Así es —sonrió—. Nadie tiene la astucia de tener un amuleto como éste. Siempre que me dedico a hacer pajaritas, ocurre algo. Jamás me ha fallado, y… —se quedó mirando expectante a Mitchell —. Un momento, querido Mitchell. ¿Has venido a ver al amigo o al detective?

—Tus pajaritas nunca fallan, Bram —sonrió desganadamente Mitchell Connors.

—Entiendo… ¿Ocurre algo? Oh, por favor, siéntense…

Los Connors se sentaron en los sillones que había delante de la mesa, y Bram lo hizo en su sillón giratorio. Ofreció cigarrillos a ambos y encendió uno para sí. Mitchell Connors le miraba fijamente.

—Es un asunto más bien de la Policía, Bram, pero he pensado en ti…

—Bueno… Algo es algo. Ya que no pensaste en invitarme a tu boda o, al menos, comunicármela, ya será bastante tenerte como cliente.

—Es posible que merezca tu censura, Bram. Pero lo cierto es que Pamela y yo nos casamos en privado, sin invitados. Luego, hemos estado viajando…

—Está bien, está bien… ¿Qué asunto es ése que corresponde a la Policía pero en el que tú crees que yo puedo intervenir?

—Es algo ridículo, Bram: a Pamela le han robado el bolso.

Bram Holden se quedó boquiabierto, absolutamente estupefacto, por unos segundos. Luego casi gruñó:

—¿Has venido a encargarme del caso, Mitch? ¿Quieres que Bram Holden se dedique a encontrar un bolso robado?

—Calma… Calma, Bram, por favor… Bueno… Ocurre que, en el bolso, Pamela llevaba joyas por valor de sesenta mil dólares.

El cigarrillo de Bram escapó de sus labios y cayó sobre una

indefensa palomita de papel, empezando a chamuscarla. Bram lo retiró prestamente.

—¿Sesenta mil dólares? —Casi gritó.

—Eso no es lo grave, Bram. Ya sabes que tengo mucho más dinero, hasta el punto de que sesenta mil dólares no tienen demasiada importancia para mí. Lo grave, lo que realmente me ha entristecido, es que las joyas son de mi familia. Ya sabes: las llevó mi madre, mi abuela…

—Entiendo. ¿Cómo ha sido el robo? ¿Dónde?

—En la calle.

—¿En la calle? ¡No me digas que un tipo se ha acercado a tu esposa, le ha quitado el bolso, y ha echado a correr!

—Pues así ha sido, Bram.

—Pues menuda tontería… ¿Vio usted al hombre, por supuesto, señora Connors?

—Sí… Lo vi muy bien. Yo había salido después que Mitchell, ya que él tenía que hacer unas gestiones. Quedamos en encontrarnos en el club para ir a cenar con unos amigos. Cuando el chófer se detuvo delante del club, vi a Mitchell esperándome en la marquesina. Bajé del coche… y entonces se acercó aquel hombre, me quitó el bolso de un tirón y echó a correr… Desapareció.

—Increíble —musitó Bram—. Perfectamente increíble, señora…

—¿Por qué te parece tan increíble? —masculló Connors—. Los ladrones han existido siempre, que yo sepa.

—Sí, sí, claro… ¿Puede usted describirme al hombre, señora Connors?



—Era moreno, como de…

—Un momento, por favor.

Bram sacó un lápiz, aguzó la punta, colocó ante él una cuartilla en blanco y miró a la rubia sensacional, expectante. Ella

comprendió y dio la descripción.

—Moreno, como de cinco pies diez pulgadas, ojos claros… Sí, ojos claros, seguro… La boca muy delgada y pequeña, como…, como la de un conejito… Se le notaban mucho los pómulos… La frente era estrecha… Tenía las cejas muy espesas… Las orejas eran…, eran más bien grandes… Creo…, creo que eso es todo, señor Holden.

Bram acabó el rapidísimo dibujo que había estado realizando siguiendo la descripción de la rubia y se lo mostró a ésta, que lanzó una contenida exclamación.

—¡Es… asombroso!

—¿Éste es el hombre?

—Bueno… No exactamente, desde luego… La barbilla más corta y…, y la nariz algo más chata… No es él, claro, pero…, pero se le parece mucho…

Bram dio unos retoques al dibujo y lo volvió a enseñar.

—¿Y ahora?

—¡Oh, sí! Se…, se le parece mucho, señor Holden, de veras… Es maravilloso esto…

Bram la miró, con una sonrisa en los labios que intentaba matizar cierta reflexión sobre la rubia guapa.

—Es una técnica policial, señora Connors, simplemente.

—¿Crees que dará resultado? —inquirió Mitchell.

Bram miró su reloj, hizo un rápido cálculo mental y dijo:

—Vengan por aquí hacia las nueve de la noche. Sabremos algo para entonces.

—Bien. —Mitchell se pasó la lengua por los labios—. Bram, no pretendo molestarte, pero… Bueno, se me ha ocurrido que quizá no aparezcan nunca esas joyas… Ya sabes lo que ocurre: desmontan las piedras para tallarlas de nuevo, funden el oro y el platino…

—Sé muy bien todo eso, Mitch. ¿Adónde vas a parar?

—Pues… He pensado que podríamos ofrecer dinero por las joyas. El tipo que las robó era un pobre diablo y no creo que sepa obtener buen partido de ellas… En cambio, si supiese que iba a cobrar cinco o diez mil dólares por la devolución…

—Entiendo, Mitch. Y quizá sea una buena idea. ¿Cuánto estarías dispuesto a pagar?

—Pues… En realidad, cualquier precio, Bram. Pero puedes

ofrecer hasta diez mil dólares, de momento. ¿Crees que bastará?

—Sobrará —sonrió Bram—. No creo que el ladrón fuese a obtener mucho más por las joyas una vez desmontadas o fundidas. Y, además, la operación le resultará mucho más fácil y tranquila. Haré correr la voz entre mis confidentes. ¿Cómo pagarás? ¿En cheque?

La pregunta contenía su buena dosis de ironía, pero Mitchell no se alteró. Metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta y sacó un fajo enorme de billetes, de veinte y cincuenta dólares.

—Venía preparado, Bram.

El detective tomó el dinero, lo miró, sonriente, y luego lo tiró con indiferencia dentro de un cajón de su mesa.

—A las nueve, Mitch… —repitió—. Encantado de haberla conocido, señora Connors.

Los acompañó hasta la salida de sus oficinas, regresó al despacho y efectuó una llamada telefónica.

—¿«Squirrell»?

—Hola, Bram.

—Oye, ven para acá. Tengo una cara que has de encontrar antes de las nueve de esta noche.

—¿De qué se trata?

—Del robo de un bolso por el idiota procedimiento del «tirón».

Se oyó al otro lado la risita de ardilla vieja del confidente.

—Voy para allá ahora mismo… ¿Cómo estás de *whisky*?

—Un dólar a que no te lo bebes todo —sonrió Bram.

—Hurra.

* * *

A las nueve en punto, Mitchell Connors y su esposa aparecían en el despacho de Bram Holden, tensos, ansiosos. Bram estaba sentado ante su mesa, haciendo pajaritas de papel, tan campante, pero se puso en pie cortésmente.

—Muy puntuales, Mitch. ¿Cómo van esos nervios?

El matrimonio se sentó y los dos se quedaron mirando a Bram, en silencio, hasta que Mitchell carraspeó temerosamente.



—¿Y…, y bien, Bram?

El detective sonrió, se inclinó a un lado, cogió algo del suelo y lo puso sobre la mesa.

—¡Mi bolso! —exclamó Pamela Connors—. ¡Oh, lo ha conseguido…!

Mitchell se hizo en seguida con el bolso, lo abrió y lanzó un profundísimo suspiro de alegría y alivio.

—Están las joyas… Están todas. ¿Cómo lo has conseguido, Bram?

—Queridito: con diez mil dólares se consiguen muchas cosas.

—¿Has tenido que pagarlos?

—Desde luego. Llamé a mi mejor confidente, le enseñé la foto que hice del ladrón y nos dedicamos a buscarlo. Fue bastante fácil, pero para conseguir las joyas hubo que llegar a un acuerdo… amistoso. Es largo de explicar, pero si lo deseas lo haré de cabo a rabo.

—De ninguna manera —dijo alegremente Mitchell—. Me basta con tener las joyas de mi familia, Bram. Ya te dije que esos diez mil dólares, e incluso más, es como calderilla para mí.

—Lo sé muy bien… —rió Bram—. ¡Ah, demonios, quién fuera millonario como tú, Mitch!

—Es pura suerte —rió también Mitchell, cuya alegría era en verdad notoria—. Y hablando de dinero, Bram, tus honorarios…

—Nunca cobro honorarios a los amigos, Mitch.

Connors se lo quedó mirando fijamente unos segundos.

—De acuerdo, Bram… —musitó—. Supongo que es suficiente que te dé las gracias de un modo normal y corriente.

—Así es, Mitch.

—Bien… Bueno, creo que debemos marcharnos ya. Te llamaré cualquier día de éstos, y espero que Eveline y tú aceptéis la invitación a cenar en mi quinta.

—Será estupendo codearse con millonarios. Pero di les que no roben nada: me fastidian las fiestas con robos de collar.

Se echaron a reír los dos y Mitchell se puso en pie, mirando a su esposa. La vio pálida, mirando todavía dentro del bolso, y se sobresaltó cuando se interesó:

—¿Qué ocurre, querida? ¿Falta alguna joya?

—No… No, no, Mitchell…

—¿Falta algo, alguna cosa especial que tuvieras en estima?

—No, no… No falta… nada.

Ella miró entonces a Bram Holden, y se encontró con una mirada congelada, casi dura, escasamente disimulada por la cortés sonrisa del detective privado, que deslizó:

—Me aseguraron que estaba todo, señora Connors. Pero si falta alguna cosa especial, volveré a entrar en tratos con…

—No —musitó ella—. No falta nada.

—Como está usted tan pálida…

—Es…, es la emoción. Me sabía mal que…, que Mitchell tuviese este disgusto. Pensábamos arreglar un poco las joyas para que las llevase yo, y como me las robaron…

—Pero ya las tenemos —acarició cariñosamente Connors la nuca de su esposa—. Y, de todos modos, tú sabes que no te habría censurado. Vámonos ya. Bram debe tener trabajo… O su esposa estará esperándole.

Bram miró con intención a Pamela Connors.

—Pues sí… Eveline me está esperando. Pero todavía estaré como una hora más aquí, porque tengo que… resolver algo. Os acompañaré a la puerta.

Los acompañó, regresó, encendió otro cigarrillo y se dedicó de nuevo a las pajaritas de papel. Pulsó una tecla del interfono y dijo:

—¿Qué esperas para marcharte, Annie?

—Su permiso.

—¡Qué docilidad! Buenas noches, encanto. Y recuérdame mañana que tengo que recordarte que te acuerdes de pedirme aumento de sueldo.

Cortó. La puerta se abrió en seguida y Annie apareció en el umbral.

—¿Es verdad eso del aumento de sueldo?

—No… —rió Bram—. Pero me divierte ver caras alegres. Hasta mañana, guapita.

—Es usted odioso, jefe —sonrió Annie.

Y se marchó. Bram se fue tras ella y dejó la puerta de sus oficinas abierta. Regresó a su sillón una vez más y se las entendió de nuevo con las pajaritas…

* * *

A las diez menos veinte oyó la llamada en la puerta exterior de la oficina y alzó un poco la voz para decir:

—Está abierta la puerta, señora Connors.

Después oyó los tímidos pasos, pero no alzó la cabeza hasta que se detuvieron ante su mesa. Entonces miró a la hermosa rubia y dijo

secamente:

—Siéntese. ¿Encontró un buen pretexto para dejar solo a Mitch?

Pamela Mitchell se sentó. Estaba muy asustada y miraba a Bram con los ojos muy abiertos, fijos…

—Señor Holden, las…, las cartas que había en el bolso…

—¿De dónde las sacó, señora Connors?

—Las… Me las devolvieron…

—¿El tal Robert?

—Sí… Sí, sí… No era nada malo. Él y yo no…

—He leído las cartas, señora —cortó abruptamente Bram—. Y le aseguro que no me gusta que se engañe a una buena persona como es Mitch.

—¡No le he engañado jamás!

—Según en qué aspecto. En el que se llama aspecto inmoral es cierto que, según las cartas, parece que usted no ha engañado a Mitch… Pero sí le engañó al casarse con él. No le amaba. Lo cual, sinceramente, no me extraña demasiado, sin querer ofender a nadie. ¿Cuáles eran exactamente sus relaciones con ese «amado Robert»?

—Éramos…, éramos novios, señor Holden. ¡Sólo eso! Yo…, yo conocí a Mitchell entonces y…, y me casé con él.

—Cierto. Y luego le escribió unas apasionadas cartas a Robert, diciéndole que no amaba a Mitchell Connors, que sólo le había amado a él… Añadía con toda claridad que se había casado por el dinero de Mitch.

—Si usted ha leído las cartas, también sabrá que le suplicaba a Robert que no me molestase más, puesto que estaba decidida a ser una buena esposa.

—También he leído eso, señora Connors.

—Señor Holden: le aseguro que…, que soy una buena esposa. Y le juro que actualmente amo a Mitchell. Es cierto que me casé por su dinero, pero eso quedó atrás. Él es demasiado bueno, generoso, considerado… Soy feliz con Mitchell, señor Holden.

Bram Holden parecía un águila estudiando las posibilidades de defensa de un corderillo. Sus inteligentes ojos parecían profundizar en los pensamientos de Pamela Connors.

—¿Qué pasó con las cartas, señora? ¿Cómo las tenía usted precisamente esta tarde?

—Cuando Mitchell se marchó fui a…, a ver a Robert, y él…, me

las devolvió.

—Ah… ¿Le pidió dinero por ellas?

—Tuve…, tuve que darle algo… No quería que Mitchell leyese que me había casado con él por sus millones, sobre todo ahora que realmente le quiero. Él se lo merece, señor Holden.

—De eso estoy bien seguro, señora, porque conozco a Mitch. ¿Cómo no quemó las cartas en seguida?

—No estaba en lugar apropiado… Y Mitchell me estaba esperando para llevar las joyas a arreglar un poco. Me pareció que no era peligroso llevar las cartas encima. Las habría quemado en casa a la hora de la cena. ¡No quiero que él sepa que al principio le mentí, señor Holden!

—Puede que él pensase algo de esto, señora.

—Puede… Pero ahora no puede pensarlo. Y no quiero que se lleve el disgusto de saber lo de Robert, y que al principio le escribía diciéndole que no amaba a mi marido, que sólo le había amado a él… ¡Tiene que creerme, señor Holden, no le diga a Mitchell…!

—No pienso decírselo, señora. Regrese en seguida junto a él.

—¿Me…, me cree usted?

—Vengo peleando con la gente hace treinta y cinco años. Sí, la creo a usted. Buenas noches, señora Connors. La entrevista ha terminado.

Pamela se mordió los labios.

—Pe-pero las…, las cartas…

—Le regalo estas tres pajaritas de papel.

—¿Pajaritas de…? Señor Holden, por favor…

—Son unas pajaritas muy interesantes, señora. De veras.

Pamela miró las pajaritas y, en seguida, una luz de comprensión apareció en sus hermosos ojos. Las cogió, con manos temblorosas, y las desdobló. Cuando alzó los ojos hacia Bram, éste había acercado a ella el gran cenicero de cristal y tenía ya encendida una cerilla.

Pamela Connors acercó las tres pajaritas de papel a la cerilla y estuvo allí hasta que en el cenicero sólo quedaron unos restos carbonizados.

—Señor Holden: ¿cómo podré pagarle…?

—Buenas noches, señora.

Ella se puso en pie, fue hacia la puerta y se volvió.

—Creo que ahora quiero todavía más a Mitchell, señor Holden…

Cuando un hombre tiene amigos como usted, es imposible no comprender que merece todo lo bueno del mundo.

—Hermosas palabras. Y no olvide que me deben unas cuantas invitaciones a cenar en su quinta.

—No lo olvidaré —rió Pamela.

Se fue. Bram estuvo inmóvil, sonriendo con expresión de felicidad, hasta oír la puerta de la oficina cerrarse. Entonces abrió un cajón y sacó intacto el fajo de billetes por un total de diez mil dólares que Mitchell Connors le había entregado aquella tarde.

Hizo una llamada telefónica.

—¿«Squirrell»?

—Hola, Bram. ¿Más cosas?

—No… Oye, ¿qué me decías hará cosa de una semana respecto a ciertas necesidades económicas de unos muchachos y un terreno para instalaciones deportivas junto a un colegio…?

—Ah, sí… Eso es en…

—No, no… Eso lo recuerdo bien. ¿Qué cantidad necesitaban esos chicos para ser felices?

—Una barbaridad… Creo que siete u ocho mil dólares… ¿Por qué lo preguntas, Bram?

—Por nada —sonrió Bram Holden—. Pásate por aquí mañana temprano, chivato. Iremos a hacer una visita a esa escuela sin campo deportivo. Que descanses, granuja.

Colgó, se fue a la caja fuerte y guardó allí el dinero hasta el día siguiente.

Luego, abandonó sus oficinas, cerrando con llave. Y, como siempre, antes de alejarse por el pasillo acarició las letras doradas que había en el cristal traslúcido de su puerta. Las letras decían:

BRAM HOLDEN
Licensed Private Investigator
Y a mucha honra.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Anthony Leopard, agente especial del
F. B. I.,
fue el protagonista del número 758 de esta colección, titulado «Cariño, este tipo está muerto», aventura absolutamente independiente y en la cual aparecieron también «Charlie» y tía Minnie. < <

[2]
D. O. A.,
iniciales de las palabras inglesas «Dead on arrival» («muerto a la llegada»). < <